
Sarah Worth
LAS VERGÜENZAS DE LONDRES 2
LA IRA DE LA
Condesa

© SARAH WORTH

La ira de la condesa

Sello: Independently published

Safe Creative: 2505151757844

Primera edición, julio de 2025.

Impreso en España.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

La ira de la Condesa

Una boda impuesta

Las vergüenzas de Londres 2

Sarah Worth

Para vosotras, lectoras valientes,
que seguro que no teméis al deseo ni al amor,
que habéis amado con furia y con dignidad,
que alguna vez os habéis sentido invisibles…
y aun así habéis seguido adelante.
Gracias por creer en los finales felices,
aunque a veces vengan envueltos en guerra,
orgullo o máscaras.

"Duda que sean fuego las estrellas, duda que el sol se mueva, duda que la verdad sea mentira; pero no dudes jamás de que te amo."

William Shakespeare, Hamlet.

Sinopsis

Lady Eleanor Stanhope ha sido educada para obedecer, pero no está dispuesta a acatar la voluntad de los otros sin luchar. Su padre, el conde de Wexley, ha decidido comprometerla con un buen partido… que se pasea por Londres del brazo de su amante sin siquiera disimulo. Para todos es un trato ventajoso. Para Eleanor, una traición.

Humillada y furiosa, se niega a convertirse en una esposa decorativa. Pero la sociedad no perdona a las mujeres que piensan demasiado ni a las que alzan la voz. Ya la llaman «la segunda vergüenza de Londres», y aún no ha decidido si eso la ofende… o la enorgullece.

El prometido. Un conde.

Silas Langdon, **lord Blackridge**, es todo lo que Eleanor desprecia: un libertino insolente, astuto y demasiado apuesto para su propio bien. Se supone que los nobles deben ser correctos y rebosar honor. Él no.

Lo que ninguno espera es que del odio pueda nacer la atracción. Que la guerra de voluntades en la que se enzarzan acabe arrastrándolos al mismo lecho. Y que, entre puñales verbales y besos robados, descubran que, a veces, solo el enemigo más inesperado es capaz de encender la pasión… y tocar el alma.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

La bilogía completa

Sobre la autora y la historia

Prólogo

Londres, 1806.

La tarde se deshacía en sombras sobre la residencia Wexley, una gran mansión en el barrio de Mayfair, de piedra gris, donde el sol parecía colarse con desgana. Las cortinas de terciopelo estaban corridas a medias en el salón principal, filtrando la luz como si Londres supiera que lo que iba a decirse allí no requería testigos, ni claridad.

Lady Eleanor Stanhope permanecía de pie junto al ventanal, con las manos enguantadas y el rostro vuelto hacia el exterior, donde los jardines comenzaban a teñirse de oro viejo. A sus veintidós años, había aprendido a dominar el arte de parecer serena, aunque por dentro fuera una tormenta constante. Su vestido de muselina malva era

irreprochable. Su peinado, pulcro. Su reputación, sin embargo, era otra historia.

En la prensa se la llamaba «la segunda vergüenza de Londres». Una burla disfrazada de epíteto, un apodo que había surgido tras su pública defensa e incondicional apoyo de su amiga, la duquesa de Rutland, y tras haberse negado —con educada tenacidad— a aceptar ninguna de las proposiciones que los hombres «apropiados» le habían hecho en los últimos tres años. A ojos de la sociedad, Eleanor había traspasado el umbral de la juventud casadera y se acercaba peligrosamente al de la irrelevancia.

—¿Te has cansado de mirar por esa ventana, hija mía? —La voz de su padre, lord Wexley, era un trueno con guantes. Apareció en el umbral del salón como siempre lo hacía: sin pedir permiso y esperando obediencia. Eleanor no se giró. No todavía —. ¿O deberíamos construirte una jaula desde la que puedas contemplar Londres sin provocar susurros? —siguió su progenitor con la misma superioridad aristocrática.

—Supongo que no me haría un favor, padre, así que será más cómodo para mí fingir que no está decepcionado conmigo, como de costumbre,

aunque por descontado ambos sabemos que eso no puede ser.

Lord Wexley avanzó unos pasos. Era un hombre alto, de porte aún recio, con las sienes plateadas y la mandíbula cuadrada de quienes habían mandado toda su vida sin aceptar réplica alguna. Llevaba una levita oscura de lana fina, las botas pulidas hasta el exceso, y la expresión de tirano que se disponía a dictar una sentencia, no a iniciar un diálogo. Eleanor se temía lo peor. La última vez que su padre se dignó a buscarla… Bueno, la reprimenda finalizó con ella encerrada en su habitación durante tres días.

—He tomado una decisión, Eleanor — dijo, con firmeza.

—¿Solo una? ¡Qué alivio!

—No me provoques.

—¿Qué clase de decisión, milord? — Mejor sería no acabar pronto con la paciencia de su padre, no obstante, ella era demasiado temeraria, siempre lo había sido y parecía que la férrea voluntad de su padre por cambiarla no daría sus frutos jamás.

—Vas a casarte en breve —anunció sin preámbulos. .

El silencio fue inmediato. Casi solemne.

Eleanor se giró con lentitud. Su rostro estaba perfectamente compuesto, pero sus ojos… sus ojos eran puñales envainados.

—¿Y debería fingir alegría ante tan mandato? —Su padre había encontrado la mejor forma para mandarla al infierno de nuevo. Oh, sí, las llamas eran calientes y le estaban abrasando la piel.

—Deberías estar agradecida.

—¿Por ser vendida como una yegua con pedigrí a algún lord con más fortuna que modales? ¿O se trata de un caballero venido a menos que busca mi dote? —supuso ella.

Lord Wexley apretó los labios.

—Es Silas Langdon. El conde de Blackridge.

—¿Blackridge? —graznó, asustada.

—Exactamente.

—¿Ese… libertino?

Su padre no respondió, frunció los labios y la dama no necesitó más confirmación. El mundo, durante un instante, pareció detenerse. ¿Detenerse? No. Se hundió. Después de la ira llegó la comprensión de lo que se avecinaba. Sintió que algo se rompía dentro de ella con un sonido seco, como si una de esas costillas invisibles que sostenían su espíritu hubiese cedido bajo el peso de una verdad impuesta. Su padre le estaba hablando en esos momentos, cada palabra se le clavaba como una astilla de hielo. «Vas a casarte», había repetido el conde. Tres palabras. Tres cadenas. El nombre de Silas Langdon no hizo más que empeorar el impacto. No era solo un hombre: era una reputación con sonrisa afilada, un susurro entre abanicos, un libertino cuyas conquistas eran más célebres que sus virtudes. Y ella… ella iba a ser su esposa. Iba a pasar de ser una mujer de voluntad obstinada, a convertirse en un adorno más en la casa de un hombre al que no le importaba ni su alma ni su historia. Cuando el padre de la joven tomaba una decisión, nada más importaba. Ni su corazón, ni sus deseos, ni su libertad. Solo eran fundamentales los títulos, la estabilidad, la conveniencia… Iba a ser, en esencia, propiedad de un hombre horrible con sangre noble. Una pieza más en el tablero de los ambiciosos planes de su padre. Un

mueble fino, eso acabaría siendo ella si no encontraba una salida. ¿Qué salida?

Apretó los dientes para no llorar. No le daría ese placer. No lloraría en presencia de su padre, aunque la desesperanza se estuviese instalada en su pecho como una peste lenta, que envenenaba incluso el aire. ¿Qué quedaría de ella cuando todo acabara? ¿Dónde escondería su esencia cuando tuviese que fingir decoro mientras su marido tocaba otras cinturas con la misma desenvoltura con la que ella hojeaba un libro? El mundo le exigía que callase, que sonriera, que se comportara. La querían sorda, muda y tonta. Nadie le preguntaría si tenía miedo, si se sentía rota, si soñaba con algo más que una cama compartida con un extraño al que no podría respetar. ¿Iba a vivir así? ¿Iba a dejar que la vida le pasara por encima sin al menos dejar una marca? Eleanor sintió entonces que, si debía arder, ardería entera y llena de ira. No sería una flor pisoteada. Sería una llama.

Eleanor se irguió.

—Ese conde, que además de tener un título impecable, tierras extensas y conexiones poderosas ha demostrado estar dispuesto a casarse contigo pese a tus… salidas de tono, hija mía.

Eleanor alzó una ceja, una mueca de incredulidad adornaba su rostro.

—¿Y eso es una virtud? ¿Su voluntad de pasar por alto el hecho de que no soy un carísimo jarrón chino?

—Eso es inteligencia. Y ambición. Ambas, cualidades necesarias para navegar el mundo al que perteneces. No te gustará oírlo, Eleanor, pero tú necesitas a un hombre que te estabilice.

—No necesito un marido. Necesito que deje de tratarme como si fuera una carga con faldas.

Lord Wexley avanzó un paso más, al tiempo que cruzaba las manos tras la espalda.

—No estás enamorada de nadie. No tienes ofertas que desprecias. Te paseas por los salones con la cabeza tan alta que solo provocas cuchicheos. Esta es tu última oportunidad de seguir en sociedad sin salir por la puerta de la dignidad. Y no vas a rechazarla.

—¿Aunque él me desprecie?

—¿Quién ha dicho que lo haga?

—Todo Londres sabe que es un cínico encantador que no permanece fiel ni a su ayuda de cámara. Su nombre aparece en las mismas columnas en las que yo soy ridiculizada. ¿Pretende que nuestra unión nos redima a ambos?

—Pretendo que te establezcas —respondió él, tajante—. Blackridge es un buen partido. Tiene una reputación que no es la mejor, sí, pero también cuenta con el favor de quienes importan. Y tú, hija mía, lo necesitas más de lo que crees.

Eleanor respiró hondo. Caminó lentamente hasta una mesita, donde había una copa de jerez servida. No la bebió. Solo la sostuvo entre las manos, como si ese sencillo gesto le diera algo de control.

—¿Tengo alternativa?

—No puedes decir que no.

—¿Porque soy mujer?

—Porque eres mi hija. Y porque, quieras o no, tu nombre va atado al mío. Si no te casas, me harás cargar con tu escándalo el resto de mis días, pues todos creerán que tienes alguna tara para

quedarte como una solterona. Y estoy demasiado viejo para soportar más habladurías. Debiste casarte a los dieciocho como toda noble de buena cuna, te consideran insolente, escandalosa y demasiado altiva y tu temperamento es…

—Dijo una vez, que si hubiese sido un niño, y no una hembra, ese temperamento me hubiese servido de mucho —lo cortó para recordarle la única vez que tuvo cierto reconocimiento por parte del conde.

Hubo un silencio largo. Eleanor apretó los dedos contra el cristal.

—Desde que tienes uso de razón me has querido considerar tu enemigo, cuando yo, lo único que he hecho es recordarte tu lugar en el mundo. Lo acabas de decir, no eres mi heredero, eres la única hija que Dios decidió enviarme y no descansaré hasta que sepa que estarás bien establecida.

—¿Y Blackridge es la mejor opción que ha podido encontrar, padre?

—Es el único que he encontrado que está dispuesto a aceptarte.

Ella asintió. La sociedad nunca le había permitido entrar del todo en sus filas porque sus pensamientos coincidían demasiado con los de la señora Wollstonecraft, quien afirmaba que una mujer tenía derecho a mucho más que a encontrar un marido, entre otras muchas vindicaciones femeninas.

—Yo no me merezco a un tipo como Blackridge.

—El mundo está lleno de injusticias, hija mía. Te dará su apellido y la protección de su título. No te pido que lo ames, solo que lo aceptes. Y, si puedes, que aprendas a manejarlo. No es peor que muchos otros.

Eleanor alzó la barbilla.

—Me casaré con él —dijo, y su voz era tan cortante como el filo de un cuchillo—. No soy tan insensata como cree, padre. Usted manda y yo obedezco, de otro modo sé que habría consecuencias indeseadas para mí.

Lord Wexley la observó. Durante un segundo, pareció a punto de replicar, pero luego se limitó a asentir y le dijo:

—Muy bien. Al menos siempre haces lo que se espera de ti.

Eleanor giró sobre sus talones, se dirigió a la puerta, y antes de salir, dijo con suavidad:

—Que no se diga que la segunda vergüenza de Londres no sabe ser una buena hija, ahora bien, no creo que pueda aprender a ser una digna esposa cuando no respeto al hombre que desposaré.

Y se marchó.

No lloró.

Solo caminó con los hombros rectos y la cabeza en alto. Sabía que el escándalo que haría cuando se enfrentase a su esposo sería suyo por derecho. Y pensaba usarlo todo a su favor.

¿De qué modo? Eso estaba todavía por ver. Solo una cosa estaba asegurada: ese libertino que su padre le imponía se arrepentiría toda la vida de su decisión…

Capítulo 1

La habitación de Silas Langdon, cuyo título de cortesía era el de conde de Blackridge, olía a pasión reciente, a perfume caro y a lino arrugado. Las cortinas, cerradas a medias, dejaban entrar una luz perezosa que acariciaba el mobiliario de roble oscuro y las sábanas desordenadas. El reloj de pie marcaba las doce, aunque el conde de Blackridge no tenía prisa.

Silas, con sus veintiocho años impecablemente malgastados en placeres, reposaba en el centro de una cama amplia como el escándalo que arrastraba. Tenía el torso desnudo, musculoso sin exceso, como esculpido más por el hábito de vivir al límite que por la vanidad. Su piel bronceada parecía fuera de lugar en un aristócrata inglés, y no era por casualidad. Un mechón rebelde de su cabello castaño

oscuro le caía sobre la frente, y su mandíbula, con una sombra de barba de la noche anterior, solo acentuaba el atractivo peligroso de su rostro.

Una cicatriz leve —una línea casi artística — le cruzaba el costado izquierdo del cuerpo. Las mujeres solían preguntar por ella. Silas, cuando estaba de humor, se limitaba a inventar una historia distinta cada vez.

A su derecha, una de las mujeres murmuraba con voz pastosa y adoración visible:

—Tienes la espalda de un dios romano. Si no puedo tener nada más de ti, al menos déjame un mechón de cabello para recordarte, querido.

—¿Y qué harías con él? —preguntó Silas sin apartar la vista del techo.

—Dormir con él bajo la almohada. Trae fortuna. Y sueños húmedos.

A su izquierda, la otra mujer, rubia y más joven, se incorporó entre las sábanas, dejando al descubierto una silueta que cualquier otro hombre habría elogiado con reverencia. Silas solo arqueó una ceja.

—No me mires así —dijo ella—. Es culpa tuya que esté pensando en declararme una adúltera para que mi esposo me repudie y piense en orquestar el divorcio. Él no tiene preciosos ojos tuyos.

—No todos pueden tener mis ojos —replicó Silas con una sonrisa perezosa—. Ni mi mal carácter. Agradece no estar ni prometida conmigo, sería el peor de los pretendientes.

—¿Quién dice que no lo desearía? —susurró la concubina, pasando un dedo por su clavícula.

Él capturó su mano en el aire, con un gesto elegante y un guiño.

—Te aburrirías en una semana de mí. O menos. Una mujer con tu apetito no puede contentarse con un solo hombre.

Silas se sentó al fin en la cama. El movimiento fue lento, fluido. Incluso sin camisa y con el cabello desordenado, parecía perfectamente preparado para asistir a una cena de gala o a una misión clandestina para la Corona. Lo envolvía ese halo de peligro controlado que hacía que incluso los hombres se sintieran incómodos en su presencia. Aunque no las mujeres, por descontado.

Fue entonces cuando la puerta de su alcoba se abrió sin que nadie hubiese ofrecido anuncio alguno.

—¡Al diablo! —masculló Silas sin girarse, tratando de echar a quien había irrumpido en sus dominios.

—No debería sorprenderme que invoques a aquel al que le guardas culto —dijo una voz masculina, fría como el mármol.

El duque de Bridgate, su padre, cruzó el umbral con la elegancia aterradora, más parecía un rey que un duque. Vestía un abrigo azul marino de corte impecable y portaba su bastón de marfil con la autoridad de un general y no de un par del reino. Ni la presencia de dos mujeres semidesnudas en la cama de su hijo, ni el desorden de la habitación parecían inmutarlo.

—¿Tú, en la guarida de un fariseo? —preguntó Silas, bostezando—. Debe haber pasado algo muy importante para que vengas a visitarme, padre

El duque dejó el bastón apoyado en la pared y lo miró como si fuese un hijo ajeno, una criatura que nunca entendió del todo y a la que

toleraba por obligación más que por afecto, porque era su único heredero.

—He venido a informarte de algo importante, así es. Y para ello, necesito que despaches a tus… ocupaciones.

Una de las mujeres, más rápida que la otra, se recogió la sábana al pecho, se dirigió a Silas y murmuró:

—Sería un placer conocer a un duque, ¿por qué no me lo presentas, querido?

—Mi padre no es de ese tipo, ya sabes, un caballero que vive la vida y disfruta de los placeres que se le presentan —dijo Silas, apartándola con amabilidad—. Vístete, tesoro. El sermón será largo y el tedio que sentirás te dejará agotada.

Cuando ambas mujeres abandonaron la estancia con un murmullo de risitas, el duque habló.

—Vas a casarte.

Silas se quedó quieto. Luego, muy despacio, cogió el vaso de brandy de la mesita y bebió un sorbo. Ya no era el muchacho que se desvivía por complacer a un padre que jamás lo

valoraría. Haber matado a su madre durante el parto era un pecado que el duque nunca podría olvidar.

—Me has debido confundir con mi primo Arthur. Él sí parece entusiasmado con la idea de contraer una enfermedad como el matrimonio. Vi el anuncio de su compromiso hace un par de meses, tal vez la boda ya haya sido. Si fui invitado o no, no lo recuerdo.

—La decisión está tomada. Has protagonizado ya suficientes desastres. Tu primo se frota las manos esperando a que te mates mientras compites en una de esas infernales carreras con faetones, y si se ha casado es porque quiere mi bendición llegado al caso. Tu fallecimiento lo convertiría en mi heredero y no me quedaré de brazos cruzados mientras tú echas por la borda tu casta y mi fortuna. Ha llegado la hora de que tu linaje se encauce, fabrica a mi nieto y luego clávate una daga si ese es tu deseo. Pero me darás lo que quiero.

Silas se quedó mirando a su padre. Había aprendido a ocultar muy bien sus emociones, también la ira que siempre le despertaba. Le sonrió apenas.

—¿Y con quién pretendes sellar esta absurda redención que has decretado para mí?

—Lady Eleanor Stanhope. Hija del conde de Wexley. La única que he podido encontrarte —desveló.

Silas se rio. Bajo y grave. Luego se levantó por completo, sin preocuparse por cubrirse más de lo necesario.

—La hija de Wexley… —conocía el título —. Seguro que es una criatura tímida, con pecas, codos huesudos y unos dieciocho años recién cumplidos. Tal vez le falte un diente y tenga alguna tara más. ¿Es al menos buena pianista, tal y como se espera que sea la joven hija de un noble?

—No necesitas enamorarte de su música. Solo desposarla.

—Maravilloso. Una virgen asustada que querrá mi muerte mientras reza para que no llegue la noche de bodas. No es que me entusiasme desvirgar a una bruja con verrugas, pero también es cierto que podría cubrirle la cara con la sábana…

El duque no dijo nada.

Silas se inclinó, recogió su camisa negra arrugada del suelo.

—Quiero un heredero y haré lo que haga falta.

—¿También te meterás en la cama con mi condesa si me niego a poseerla? —preguntó con interés.

—Te metes en la cama de todas las mujeres que te sonríen, lo harás con esta porque yo lo decreto —dijo implacable el duque.

—¿Cuánto te ha costado esta negociación?

—Mucho menos que lo que me ha costado criar a un inútil como tú. Ninguna dama respetable que no esté al borde del precipicio te querría a su lado. Tienes suerte de que al menos una esté dispuesta a pasar por la vicaría contigo y tenga una buena dote.

Silas lo miró por primera vez con una chispa de interés.

—Ah. Entonces, es solo un acuerdo comercial, lo típico en estos casos. Ella se vende por contactos y tú recibes su dote. ¿Acaso podré tener yo el privilegio de quedarme con el dinero que su padre me dará o lo requisarás para que no lo dilapide?

Debería ser recompensado, a fin de cuentas, será tu vástago quien tendrá que hacer el sacrificio de acostarse con ella.

El duque ladeó la cabeza.

—Llámalo como quieras. Todo está firmado y dispuesto ya. La boda será en tres semanas. Las primeras amonestaciones se leerán este domingo.

Y sin añadir más, el duque se dio media vuelta y se marchó, dejándolo con una camisa a medio abotonar y el eco de un nombre que aún no conocía… pero que pronto iba a sacudir su mundo.

Lady Eleanor Stanhope.

Silas sonrió. Con esa sonrisa suya, de dientes afilados y juego peligroso.

—Veamos si eres tan horrenda como imagino, prometida mía.

Silas permaneció inmóvil un momento tras el cierre de la puerta. No necesitaba mirar para saber que su padre se había marchado sin volverse, como siempre hacía: sin dudas, sin vacilaciones, como si incluso las sombras debieran apartarse de su

camino. El duque de Bridgate era un hombre que no conocía el lenguaje de los afectos, solo el de la rectitud y el deber. Viudo desde que Silas llegó al mundo, había criado a su único hijo con la eficiencia de un comandante militar y la calidez de un muro de piedra. No hubo palabras dulces, ni elogios, ni consuelo cuando las pesadillas lo asaltaban de niño. Solo silencios prolongados y expectativas imposibles. «No naciste para ser como los demás», le decía. Y luego añadía, como quien escupía un veredicto: «Eres un Langdon. Compórtate como tal». Lo que su padre nunca entendió —o no quiso entender— era que Silas no deseaba cumplir las expectativas de nadie. Ni siquiera las suyas. Mucho menos las de una sociedad que aplaudía con hipocresía mientras devoraba vivos a los que no encajaban.

Desde muy joven, supo que jamás sería el hijo que su padre esperaba. Demasiado impetuoso, demasiado hábil con las cartas, demasiado bueno leyendo gestos en lugar de leyes. Y, sin embargo, fue esa misma sagacidad, ese instinto para desentrañar mentiras y jugar a la seducción como si fuera una partida de ajedrez, lo que lo había convertido en uno de los peones más valiosos —y más invisibles— al servicio de la Corona. Era un libertino, sí, pero solo a medias. La otra mitad estaba entrenada para matar en silencio, para obtener información entre susurros,

para observar y desaparecer sin dejar huella. Su padre no lo sabía. Ni lo sabría jamás. Porque incluso si lo supiera, seguiría viendo en él una decepción. Una máscara. Una broma demasiado cara que jamás había pedido. Silas cargaba con esa condena como otros llevaban una cicatriz: sin orgullo, pero con memoria.

Su padre siempre había deseado una sola cosa de él: que engendrase un heredero para asegurar el título. El duque había ido demasiado lejos. Lo había encadenado a una mujer cuyo rostro todavía no conocía… y, sin embargo, ansiaba conocer.

¿Cómo sería ella? ¿Una bruja llena de verrugas como había dicho o una princesa anónima en la que nadie se había fijado todavía?

No importaba demasiado. Silas era muy capaz de encontrar la belleza más recóndita, aunque tal vez para la hija de Wexley no hubiese redención posible. ¿Qué clase de locura se le habría pasado por la mente a una mujer para aceptar casarse con un tipo como él?

Una que estuviese muy desesperada, sin lugar a duda.

Capítulo 2

El carruaje negro con molduras de latón se detuvo junto a la entrada este de Hyde Park. El cochero no necesitó bajar para abrir la puerta. Todo Mayfair sabía que cuando el conde de Blackridge descendía, la atención se reordenaba a su alrededor como limaduras de hierro ante un imán.

Silas bajó con la arrogancia natural de quien sabía que era observado y disfrutaba de ello. Vestía de gris oscuro, llevaba guantes de gamuza y un bastón que jamás usaba para caminar, pero que apoyaba justo cuando quería subrayar una pausa dramática. A su lado, una mujer descendió con pasos calculados y una sonrisa apenas curvada: la señorita Celeste Duval, diva francesa de ópera, supuesta amante del conde según todos los almanaques de

chismes de sociedad… y agente encubierta, igual que él.

Vestía de lila, con una capa corta ribeteada en seda. El sombrero, ladeado y cubierto por un velo muy fino, no ocultaba del todo sus rasgos: era bella, sí, pero no de forma convencional. Demasiado incisiva, demasiado inteligente. Justo la clase de dama que le gustaba a los hombres que no sabían manejarla.

—Nos miran —dijo ella, sin apartar la vista del lago Serpentine mientras caminaban por el sendero de grava—. ¿Te sientes más deseado o vigilado?

—Ambas cosas me estimulan, ya lo sabes —replicó él, con su media sonrisa arrogante.

Celeste rio, de modo suave y gutural.

—Siempre creí que harías mejor carrera en las tablas que yo. Tu arrogancia escénica, querido mío, es admirable.

—Y tu dicción impecable, pero lo mío no es el arte, *chérie*. Es la mentira bien utilizada.

—¿Me sacas hoy a pasear porque tienes novedades o es una excusa para que Londres siga creyendo que me tienes en tu cama? —preguntó ella con fingido fastidio.

Silas se paró en ese instante. Hundió las manos en los bolsillos y mantuvo la mirada al frente, donde dos damas jóvenes les observaban de reojo desde un landó estacionado a prudente distancia.

—No eres un perro, querida, pero… estoy haciendo ambas cosas. Aunque… sobre todo es porque -… la situación se ha complicado.

Celeste giró la cabeza hacia él sin cambiar su expresión.

—¿La Corona? ¿Francia?

—No. Peor. —Se detuvo un segundo para observar a un jinete pasar al trote. Luego añadió en voz baja—: Mi padre ha decidido casarme.

—¿Algo así como por poderes? Tenía entendido que solo la realeza poseía tal privilegio.

—No, por poderes no. Quiere que me case y lo ha dispuesto todo para que así sea.

Celeste parpadeó. Solo una vez.

—¿Y no has hecho estallar Londres todavía?

—Me ha cogido por sorpresa. No tanto el matrimonio… como la elección. —Se encogió de hombros, como si la gravedad no tuviera permiso para tocarle—. Me ha comprometido con lady Eleanor Stanhope, hija del conde de Wexley. ¿La conoces?

La cantante se tomó un minuto para buscar ese recuerdo. Sí que sabía quién era. La dama no pasaba desapercibida, más por su actitud que por su aspecto, lo cual para Celeste era algo bueno. Ella misma no solía recordar a las damitas que se creían nacidas en el paraíso, en cambio a esa sí la recordaba. No era una niña, sino una mujer que se había ganado enemigos debido a sus pensamientos progresistas. Era alta y delgada, con una figura esbelta que transmitía elegancia natural sin esfuerzo. Cabello oscuro, generalmente lo llevaba recogido de forma impecable, aunque con mechones rebeldes que reflejan su carácter independiente. Ojos intensos, probablemente grises o verdes, Celeste no lo recordaba bien, pero sí tenía una mirada firme, directa, que incomodaba a los débiles y fascinaba a los fuertes. Piel clara, de porcelana, acorde al ideal de

belleza de la época, pero sin fragilidad. Su expresión tendía más a la determinación que a la dulzura.

En opinión de la supuesta amante del conde, lady Eleanor Stanhope no poseía la belleza de una flor delicada, sino la de un fuego latente, imponente, desafiante, inolvidable.

Vaya… su amigo y contraparte iba a tener las manos llenas con esa mujer. Se tragó una sonrisa.

—La he visto en algún salón cuando todavía no me habían convertido en tu amante y tenía cierta respetabilidad. Boca firme. Mirada altiva. Nada del otro mundo, cabello oscuro —expuso desapasionadamente. No quería privarlo de la sorpresa cuando se topase con ella.

Silas torció una sonrisa.

—Dime al menos que tiene un poco de… alma, de… de lo que sea.

—No creo que sea insulsa —se apiadó la cantante de él al verlo consternado.

—Bah. Eso será maquillaje. Todas parecen fieras cuando aún no las han desposado.

Luego… se desinflan como pelotas mal cosidas.

Celeste levantó una ceja.

—¿Estás subestimándola? —se atrevió a decir.

—Espero que sí. Si es más lista de lo que aparenta, me hará esforzarme. Si no lo es, podré manejarla. No me voy a distraer por una chiquilla con apellido largo, grandes aspiraciones para ser duquesa y nervios de porcelana. Lo importante es que no interrumpa nuestro trabajo.

Celeste se detuvo junto a la verja de hierro que bordeaba el paseo, dado que ambos habían reanudado su paseo. Ella iba de su brazo.

—¿Y si se enamora de ti, querido? ¿O tú de ella?

Silas se echó a reír, y el sonido hizo que una matrona que paseaba a su perro lo mirase con reprobación.

—Celeste… el amor no es algo que me importe. Y menos lo espero de parte de una mujer bien criada que aún no sabe lo que significa ensuciarse las manos. No creo que mi padre haya

dejado el camino libre para que pueda deshacer el contrato, tampoco tengo tiempo para detenerme a hacerle frente, cuando nuestra misión de desenmascarar al villano es tan importante. Supongo que con veintiocho años puedo aceptar la voluntad del duque. Me casaré, la preñaré y seguiré con mi vida. Además, sea fea o más fea de lo que me imagino, dado que conozco al padre, estará encantada de salir de su control. Yo lo haría si pudiese desprenderme del tirano Bridgate. Le ofreceré una salida. Me dará un heredero y yo no la molestaré nunca más.

—Dicen que las mujeres que uno menos espera son las que más sorprenden cuando se rebelan. Deberías tener cuidado, Silas.

Él se giró hacia ella, más serio de lo habitual.

—Y yo sé cómo sofocar las rebeliones. También en la cama. Créeme, no hay nada que una dama de sociedad pueda hacer que yo no haya visto ya en otro escenario.

—Eso es lo que me asusta —dijo Celeste, entre divertida y escéptica—. Que no la veas venir hasta que te haya prendido fuego por dentro.

Silas la miró con esa expresión suya, la que combinaba ironía con algo más hondo, algo que rara vez se dejaba ver.

—No soy inflamable, Celeste. Y mucho menos podrá consumirme una mujer que no he elegido yo.

—Así que será libre en cuanto te dé un hijo.

—Tal vez deban ser dos. Bridgate no se conformará solo con uno, querrá el reemplazo por si a mí me sucediese una calamidad, cosa que creo que deseará que ocurra cuando al fin tenga un par de nietos.

—¿Y ella podrá ser libre también cuando cumpla con su deber de procrear?

—Claro que sí. Le haré ver a ese sapo que mi padre me ha elegido, que un acuerdo conmigo es su mejor opción. No pienso tolerar interferencias en mi vida.

—Y si decide tomar un amante cuando haya cumplido con su deber, ¿tú se lo permitirás?

—Siempre que sea discreta y no levante la ira del duque, me importa un par de viejas botas hessianas lo que ella haga o deje de hacer.

Celeste no dijo nada más, pero al reanudar el paseo sus ojos brillaban. No con malicia. Con presagio.

Porque algo, en el fondo, le decía a la experimentada cantante que lady Eleanor Stanhope no sería una pieza más en el juego de espionaje de Silas Langdon, actual conde de Blackridge y futuro duque de Bridgate.

***

El salón de lady Markham resplandecía bajo el brillo de cien candelabros de cristal. Los acordes de un vals llenaban el aire con una cadencia elegante y vacía, como todo lo que rodeaba a Eleanor aquella noche. Las damas se deslizaban por el mármol como cisnes engalanados; los caballeros reían detrás de abanicos ajenos. Era, en apariencia, una velada impecable. Pero en cuanto Eleanor lo vio, el mundo pareció detenerse.

Ahí estaba él.

Apoyado con desenvoltura junto a una columna coronada por flores frescas, lord Nathaniel Harcourt, segundo hijo de un conde, conversaba con su esposa —una mujer rubia, perfecta y frágil como una figura de Sèvres—, sonreía con esa naturalidad cruel de quien no cargaba con fantasmas. Eleanor no había olvidado su perfil, ni su voz grave cuando le dijo, años atrás, que el afecto no bastaba, que lo suyo no podía ser, que él… amaba a otra.

Aquella otra, Helen, había sido su amiga desde la infancia. Helen, que lloraba en su regazo por no atreverse a hablar con Nathaniel, hasta que un día reunió valor y se le declaró. Helen. La dulce y dócil Helen, que en esos instantes iba de su brazo con la calma satisfecha de una esposa feliz. Eleanor había esperado demasiado, había creído que la conexión entre ella y Nathaniel sería suficiente. Y cuando se atrevió, él le respondió con gratitud… y negación.

Respiró hondo, obligándose a no apretar demasiado el abanico entre sus dedos.

Una pareja pasó bailando junto a ella, el perfume de la dama se mezcló con la amargura del recuerdo. Eleanor sintió cómo su estómago se cerraba. Se sabía observada —ella siempre lo estaba por alguien que buscaba comentar su desgracia— pero esta vez, el juicio parecía más punzante. No

porque la sociedad la juzgara, sino porque se juzgaba a sí misma. Había amado a un hombre que no le pertenecía. Había querido robarle a su amiga el corazón del caballero que en esos instantes le estaba colocando un mechón de cabello tras la oreja a su esposa con una ternura que la destrozó.

Y, sin embargo…

Apretó los labios. Enderezó los hombros. No apartó la vista. No huiría. No esta vez.

Eleanor avanzó entre los invitados con la gracia de una reina sin corona. Se detuvo a una distancia prudente. Él la vio.

La sonrisa de Nathaniel vaciló.

—Lady Eleanor —dijo, con esa voz que aún conocía cada grieta de su alma.

—Lord Nathaniel —inclinó la cabeza—. Helen —añadió, mirando a la esposa con cortesía helada.

—Es un placer volver a verte —murmuró la otra, nerviosa, bajando los ojos. Su esposo le confesó años atrás que su mejor amiga estaba

enamorada de él y tuvieron que romper su relación los tres.

Más porque el esposo de su amiga comenzó a ridiculizarla por su amor no correspondido una noche, en medio del delirio que provocaba el alcohol, frente a un numeroso público. ¿Por qué los hombres siempre tenían que presumir?

Eleanor sonrió. No con dulzura, sino con dignidad. Una que solo nacía cuando el corazón había aprendido a callar.

—Es curioso, ¿verdad? El tiempo. Uno espera que borre ciertas heridas. Pero en lugar de eso… las pule —le dijo a él, llena de satisfacción. Eleanor era muchas cosas, pero no una cobarde.

Nathaniel no respondió. Porque sabía. Porque también le dolía lo que había hecho. Porque, quizá, en otro universo, las cosas habrían sido distintas y se avergonzaba de haber nutrido su vanidad masculina a cuenta de la que una vez su amiga más leal, pero aquello se acabó.

Ah, pero Eleanor no era ya esa muchacha ingenua.

Se marchó sin girarse. Eleanor bailaría esa noche con un vizconde aburrido, bebería más de lo necesario y sonreiría como si no llevara una astilla clavada en el alma. Porque la vida seguía. Y la ira de una futura condesa no era rival para ningún hombre con o sin poder. ¿O sí?

Capítulo 3

Desde el rincón más discreto del salón de lady Markham, Silas Langdon, conde de Blackridge, sostenía una copa de champán aún sin tocar y mostraba una sonrisa afilada que no alcanzaba a disimular del todo su desconcierto.

La había visto.

Y maldita sea, no estaba preparado para lo que ocurrió.

No era fea.

Tampoco tímida.

No era, bajo ningún concepto, lo que se había imaginado.

Lady Eleanor Stanhope se movía entre los invitados como si la sala le perteneciera. Vestía de esmeralda, un tono atrevido que potenciaba la blancura de su piel y hacía que sus ojos verdes ardieran con la intensidad de una antorcha. El vestido no era indecente, pero dejaba al descubierto la curva precisa de sus hombros, mostraba también, en su opinión, demasiada piel de su escote. Y su figura… elegante, esbelta, con esa rigidez altiva que hacía que los hombres quisieran doblegarla y que las mujeres la observaran con una mezcla de fascinación y rencor.

Silas apretó los dedos alrededor de la copa.

La examinó de perfil, erguida, con la barbilla en alto, estaba, en esos instantes hablando, con un hombre al que él identificó al instante. Nathaniel Harcourt. Un bastardo con suerte, como muchos segundos hijos de nobles que se casaban bien y sonreían mucho. Eleanor lo miraba con intensidad, y Harcourt… parecía incómodo. ¿Remordimiento? ¿Deseo? Poco importaba. Lo que sí importaba era que su prometida —sí, suya, al menos sobre el papel— conversaba con otro con la clase de tensión que solo dejaba el deseo frustrado o el amor malogrado. Era un espía y entendía de esas cosas.

¿Habría sido ese tonto un antiguo amor que se echó a perder?

Se agitó por dentro cuando la vio atravesar a Nathaniel con esa mirada que parecía decirle al tonto: «te veo, y ya no me importas». El conde de Blackridge conocía los desafíos. Se le daban bien. Pero esa mujer… esa mujer acababa de insultar al bobo con una simple ojeada. Y le gustó hasta el punto de que estaba sonriendo como si fuese un colegial absurdo.

—Eres idiota, Silas —murmuró para sí.

Se quedó ahí parado, observando a la reina de Egipto como si no tuviese otra cosa mejor que hacer.

Eleanor siguió moviéndose por el salón con la precisión de una emperatriz aburrida. Silas la vio reír, breve y secamente, ante los chistes mediocres de un vizconde rechoncho; luego se inclinó hacia un joven baronet que se atragantó con su copa tras recibir un comentario de ella que nadie más oyó, pero que él pareció sentir como un latigazo. Cada vez que Eleanor hablaba, los hombres se inclinaban más, las mujeres, en cambio, fingían no verla, como si ignorarla pudiera neutralizar su presencia. Silas sentía

curiosidad por su prometida indeseada. Eso no era algo bueno.

Se fijó también en que ella estaba bebiendo demasiado champán. Sostenía la cada copa como un gesto de escudo, de resistencia, como si cada burbuja le ayudara a no gritar.

Silas sintió una punzada que no podía identificar. No era simple deseo. No era posesión. ¿Deseo? ¿Posesión? ¡Infierno sangriento! ¿A qué venía todo eso? Ella no era nadie para él.

Lo que sentía en su interior era molestia. Sí, eso era. ¡Era una maldita molestia impuesta y punto!

Irritación por verla reír con otros, por no mirar hacia donde él estaba, por haber hecho que la desease desde el primer instante sin ni siquiera proponérselo. No, no. No la deseaba. Era solo que creyó que sería una bruja llena de verrugas y no lo era en absoluto.

Cuando la vio girar sobre sus talones y salir del salón con paso firme, sin compañía, supo que tenía que seguirla. A buen seguro se dirigiría a un lugar como la biblioteca. Era el único silencioso en aquella casa donde uno podría respirar sin oír

rumores. Él mismo había estado allí muchas veces. No por los libros, claro, sino por los secretos que se susurraban entre sus muros. Sí, sí, también porque tuvo alguna cita clandestina de lo más… pasional. ¡Un momento!

¿Su bonita futura esposa estaría acudiendo a una cita secreta con un caballero?

No lo pensó. Ni siquiera se bebió su copa. La dejó sobre una bandeja sin mirar al lacayo que iba a recogerla y la siguió.

No toleraría las infidelidades… Al menos, no hasta que hubiese dado a luz a dos hijos varones. Luego ella podría hacer lo que se le antojase. Ah, sí. Cierto. Tenía que proponerle ese acuerdo. Donde él seguiría haciendo su vida y ella tendría que esperar para ser libre…

***

El salón de baile había quedado atrás, sepultado bajo risas falsas y champán cálido. Eleanor caminaba con paso errático, sin rumbo definido,

hasta que su mano temblorosa tocó el pomo dorado de una puerta apenas entreabierta. La biblioteca. Ese rincón de sombras y secretos. Entró sin pensar, guiada por un impulso más fuerte que el decoro, como si la oscuridad pudiera ofrecerle el consuelo que el mundo le negaba.

Dentro, solo la luna filtrándose a través de los ventanales altos proyectaba una luz pálida sobre los estantes. Todo olía a cuero, papel y recuerdos.

Eleanor se apoyó en el borde de una mesa y se quitó los guantes con torpeza. Sus dedos temblaban no solo por el alcohol, sino por el recuerdo que la atormentaba: aquella mirada, la de él, la de Nathaniel. La misma que le partió el corazón hacía años y que esa noche, al verla, ni se inmutó.

—¿Así que vienes ahora? —murmuró al oír unos pasos en la penumbra—. Qué oportuno eres siempre para llegar cuando ya no hay nada que salvar.

Silas se detuvo a unos metros. No había hecho ruido, pero ella lo había sentido. O eso creyó. La luna iluminaba apenas su perfil. Él no respondió. Solo la observó, con esa intensidad que usaba en las

misiones cuando alguien confesaba sin saber que estaba siendo interrogado.

—No digas nada —siguió Eleanor, sin volverse aún—. No hagas eso de quedarte callado con aire solemne. Con esa compasión que me carcome todavía. No pienso rogarte otra vez. Ya no soy aquella jovencita ingenua que creía en el amor, en la amistad y la lealtad. Tú me curaste y eso debería agradecértelo. Si solo pudiese… olvidarte algún día.

Silas frunció apenas el ceño. No entendía nada. ¿Lo había identificado como su prometido? No. Eso era imposible, dado que ellos no se conocían. ¿De quién hablaba la dama con tanta desesperación? ¿De un posible amante con el que había orquestado una cita clandestina e impúdica?

—Milady… —empezó a decir con voz baja, grave.

Pero ella lo interrumpió, girándose por fin hacia él, con los ojos brillantes y el cabello cayendo en suaves ondas desordenadas, porque ella misma se había quitado las horquillas.

—No me llames así, Nathaniel. No esta noche. No cuando ya no puedo más con esta

fachada. Eres un sueño, mi sueño. Estás ahora aquí conmigo y yo…

Él dio un paso al frente, y el reflejo lunar delineó el rostro de Eleanor: mejillas sonrosadas por el vino espumoso, los labios entreabiertos, las pupilas dilatadas. Su vestido verde parecía más oscuro en la penumbra, y su respiración entrecortada apenas lograba acompasarse con el latido de su pecho.

Silas sintió cómo algo lo atravesaba. No era deseo, aunque también lo era. Era una aflicción más profunda. Celos. De un fantasma. De un nombre que ella acababa de pronunciar con una ternura desgarradora. Ese pretendiente que la desdeñó. Lord Nathaniel, quien no sabía hacer otra cosa más que la de sonreír. El destino era del todo curioso. Cuando Silas formó al pícaro descarado en el que basaba su actuación de cara a la sociedad, había copiado muchas de las bobadas de Nathaniel, quien fue compañero suyo en Eton. Y estúpido había tenido el amor de una mujer interesante… de Eleanor… y lo había despreciado. La sensación que tenía en el pecho era extraña y muy desconcertante. ¡No, no eran celos! No lo eran y punto.

—Usted está equivocada —susurró, con suavidad.

Pero ella se acercó, tambaleándose un poco, con el dolor aferrado a la voz.

—Siempre creí que si alguna vez volvías, sería para decirme que te habías equivocado en tu elección, que me querías. Que al final… también tú me habías soñado —le rozó el pecho con los dedos, sin darse cuenta de que aquel cuerpo no era el de su amor de juventud. Ella solo necesitaba un poco de compasión. Hablar. Fingir, por una vez, que no había perdido al hombre que tanto amó.

Silas le cogió la muñeca con suavidad.

—Está herida, milady. No debería… decir esas cosas, menos a un extraño que podría estar admirándola más de lo que tiene permitido.

—Y tú no deberías haberme permitido besarte aquella última vez, porque me hiciste creer que podría tenerte —respondió ella, clavando la mirada en la suya—. Pero lo hiciste. Me dejaste con promesas que nunca hiciste en voz alta… y, aun así, dolieron como si me las hubieses gritado. La elegiste a ella, y Dios sabe que la amaba porque era mi mejor amiga, pero a ti… a ti te amaba muchísimo más.

Él inspiró profundamente. ¿Cómo podía una mujer herida resultar tan terriblemente bella? No

era su vulnerabilidad lo que lo atraía, era su fuego roto, su forma de sostener la rabia con los ojos húmedos y el cuerpo tenso. Eleanor era el tipo de mujer que los hombres querrían doblegar… y él, el tipo de hombre que siempre se creía inmune.

—Lady Eleanor… —volvió a intentarlo, en vano.

—¿Por qué me devolviste el beso antes de marcharte? —susurró ella, acortando la distancia —. ¿Por qué fuiste tan cruel? Porque te cautivé y sembré la duda en ti —afirmó.

Y entonces, se alzó ligeramente sobre las puntas de los dedos del pie, como esperando un perdón que no se pediría. Cerró los ojos aguardando un poco de… amor. De Pasión.

Silas la besó. No pudo contenerse. Era necesario probar su dulzura y deleitarse con ella. ¿Qué había de malo en que él se convirtiese en un hombre amado con tal ferocidad? Él, a quien nadie jamás había encontrado merecedor de amor, iba a aprovecharse de la situación. Se convertiría unos instantes en ese estúpido de lord Nathaniel y disfrutaría de lo que él tuvo y mandó al cuerno.

El conde de Blackridge lo hizo. La besó sin contención. No por piedad. No por un juego.

Sino porque, en ese instante, la deseó con una violencia silenciosa incontrolable. La deseó más que a la paz, más que a la certeza. Y porque en ese beso —ese beso que ella pidió sin saber a quién — sintió que podía salvarla durante unos segundos. Y valía la pena darle lo que ella pedía, pese a que mañana no lo recordase.

Sus labios se encontraron con una urgencia medida, con una intensidad que no buscaba escándalo, sino redención. El beso fue profundo, lento, como si el mundo tuviera que callar para que ellos dos se escucharan. Eleanor se dejó ir. Su cuerpo se moldeó al masculino con una naturalidad devastadora. Lo besó como si aún creyera que aquel era el hombre que una vez amó. Creyendo que su amor era correspondido.

Pero Silas no era Nathaniel.

Y no se parecía en nada a él.

La mano de Silas se deslizó por su espalda hasta aferrarla por la cintura. Su otra mano ascendió hacia el rostro de ella, para acariciarle con delicadeza la mejilla. La besó con hambre. Con

ternura. Con furia contenida. Sintió cómo ella suspiraba contra su boca. Cómo sus dedos se anclaban en su chaqueta. Cómo su dolor empezaba a olvidarse.

Cuando se separaron, apenas un suspiro los mantenía conectados.

Eleanor no abrió los ojos. Silas, sin embargo, los tenía fijos en ella. Y su pecho ardía.

—No te vayas otra vez —murmuró ella, apoyando la frente contra la suya.

Él cerró los ojos. No respondió porque no podía prometerle eso. Ni siquiera aunque en ese momento se sintiera capaz de ofrecerle el mundo entero solo para verla sonreír.

Ella cayó se adormeció poco después. La dejó sentada en el diván, con la cabeza apoyada contra un cómodo cojín. Silas la cubrió con su propia chaqueta y se sentó junto a ella. No la tocó más. No se atrevía.

Solo la miró. Durante mucho tiempo.

Y pensó, para sus adentros:

«Qué gran idiota el que te tuvo y no te eligió. Qué imbécil soy yo por haberte permitido confundirme».

Y en silencio… esperó a que se durmiera profundamente, del todo. Luego la llevaría de regreso a su casa.

¿Qué iba a suceder a partir de ahí?

Muchas cosas desconcertantes… imprevistas.

Capítulo 4

El sol se filtraba a través de los visillos como si no tuviera prisa por entrar del todo. Eleanor se cubrió los ojos con el antebrazo y emitió un suspiro suave, ligero como el champán que había tomado la noche anterior sin moderación. La luz era inclemente. No por su intensidad, sino por su claridad.

Y ella no estaba preparada para la claridad.

La mañana traía consigo los fragmentos desordenados de una velada que debía haber sido intrascendente. Un baile más, otra máscara social, otro vestido que le sujetaba demasiado el pecho y apenas le sostenía el alma. Pero había sido distinta.

Lo sabía en la piel, en la sangre, en el recuerdo cálido que aún palpitaba en sus labios.

Se incorporó con lentitud en el diván de su habitación, aún vestida con la bata de dormir. La doncella había dejado el té, unas rebanadas de pan con mantequilla, y se había retirado sin decir palabra. Eleanor estaba segura de que su cabello debía parecer un nido de pájaros y su expresión, poco menos que desencajada.

Pero nada de eso importaba.

Se llevó los dedos a la boca. No había marca, no había prueba, pero el beso seguía ahí. Como una herida dulce. Como un perfume sin nombre.

—No era él… —murmuró.

No era Nathaniel.

La voz era distinta. El contacto, también. Ese beso no había nacido de la nostalgia ni del remordimiento. Fue un asalto inesperado y al mismo tiempo… un refugio. Ardiente, sí, pero también reverente. Como si aquel desconocido hubiese querido consolarla a su manera, como si hubiese

entendido que no era la carne lo que ella ofrecía, sino una herida.

«No te vayas otra vez», había dicho presa del temor y el champán. Lo recordaba. ¡Dios! Se lo había dicho con toda la ingenuidad de una mujer ebria y llena de recuerdos. Había pronunciado aquellas palabras convencida de que los labios que tocaba eran los del hombre que una vez amó… y luego eligió a otra.

Pero no era Nathaniel. Estaba segura. La boca era diferente. La intensidad, distinta. La manera en que la había sujetado por la cintura… como si supiera exactamente dónde poner los dedos para sostenerla sin aprisionarla.

—¿Quién demonios eres? —susurró, cruzando los brazos.

Si hubiese habido más luz en la biblioteca y ella no hubiese abusado del champán…

No tenía ningún nombre. Ninguna pista. Solo una sensación. Un calor lento que aún no se extinguía. Algo dentro de ella se removía con violencia. ¿Había cometido una locura? ¿Había besado a un desconocido, hablando como si fuese otro? Vaya que sí que lo hizo…

Y aún más inquietante: ¿le había gustado?

Eleanor se levantó y fue hacia el tocador. Se miró en el espejo. Ojos, ligeramente enrojecidos, mejillas, sonrosadas, y los labios… ¿siempre los había tenido así? ¿Tan marcados? El reflejo no le ofrecía respuestas.

Tampoco la noche.

La biblioteca estuvo casi a oscuras. Eso lo recordaba. La luz de la luna caía sobre los lomos de cuero envejecido, el aroma era de los libros viejos mezclado con el de su propia piel. El ruido de unos pasos. Su propia voz, temblando debido al champán y una confesión. Y luego… un beso. Un beso que la había arrancado de sí misma.

¿Y si se trataba de un aprovechado? ¿Un libertino cualquiera que se coló entre las sombras y la engañó con la voz baja?

Eleanor negó con la cabeza.

No. No era eso. Había ternura en aquel gesto. Una ternura que no se fingía. Por un instante, se sintió protegida. Deseada, sí, pero no como otras veces, cuando algún idiota de sociedad intentaba

cortejarla a base de metáforas burdas. Aquel hombre no había hablado mucho, solo… la había escuchado. Con el cuerpo. Con la respiración.

Y luego… ¿se esfumó?

—¿Por qué no dijiste nada? —se preguntó, como si el aire pudiera responderle—. ¿Por qué me dejaste con la duda sobre tu identidad?

Un pensamiento cruzó su mente y la hizo estremecer. ¿Y si había sido alguien comprometido? ¿Un hombre que no podía dar la cara por ella? ¿O peor aún… alguien que conocía su nombre, su historia, su vulnerabilidad, y decidió usarla?

No. No era eso. ¡No podía serlo!

Se llevó la mano al pecho. No por dramatismo. Por necesidad. Porque el recuerdo de ese beso, ese beso que no era un beso de cortesía, ni de lujuria pura, sino de algo más… seguía latiendo bajo su piel.

Alzó la mirada al espejo.

—Quienquiera que seas —dijo en voz baja, con los ojos clavados en su reflejo—. Gracias.

Gracias por besarme como si valiera la pena, aunque no vayas a repetirlo nunca.

Pero algo en su interior, algo que no sabía nombrar, anhelaba que sí volviese a ocurrir. Y entonces, mientras tomaba el té ya tibio, se prometió a sí misma que descubriría quién fue su misterioso dandi.

No porque deseara revivir aquel momento. Bueno… un poco sí, pero sobre todo porque merecía saber si aquel hombre —ese desconocido con manos firmes y boca ardiente— existía de verdad. O si solo se trataba de otra alucinación de su corazón obstinado.

Y si existía… pensaba mirarlo a los ojos y preguntarle por qué la hizo sentir, por un instante, que no estaba rota.

***

Pasaron varios días después de ese desconcertante encuentro que Eleanor no lograba borrar de su mente. Aquella mañana avanzaba con

solemnidad en la residencia Wexley. Afuera, el cielo amenazaba con lluvia, como si Londres también percibiera el carácter del encuentro que estaba a punto de desarrollarse.

El salón azul estaba perfectamente dispuesto: las cortinas abiertas a medias, la chimenea encendida con discreción, el té dispuesto sobre la mesa baja, acompañado de pastas que nadie tocaría.

Eleanor estaba de pie junto a la ventana, las manos entrelazadas a la espalda. Llevaba un vestido verde oscuro de corte sencillo, pero con la espalda ligeramente descubierta. Un acto deliberado, no solo por el color —pues las mujeres debían vestir tonos más recatados—, sino también porque dejaba ver más piel de lo que era apropiado. No lo hacía por coquetería. Era por dominio. Era una mujer que sabía cómo luchar sus batallas. A fin de cuentas, la señora Wollstonecraft le había dado un par de ideas mientras leía sus fundamentos.

Cuando anunciaron al conde de Blackridge, no se volvió.

—Hazlo pasar —ordenó, con una voz que más parecía una orden en un campo de batalla que una invitación civilizada.

Silas entró con la naturalidad de quien no tenía que pedir permiso para existir. Iba vestido de negro, sin más adorno que el reloj de bolsillo en su chaleco y la sonrisa insolente que parecía haberse cosido a la comisura de sus labios. No llevaba bastón. No lo necesitaba. Su sola presencia bastaba para provocar un silencio en la sala.

Eleanor giró al fin. Lo evaluó como si fuese una pieza de mobiliario nuevo que acababa de llegar por error a su casa. Él lamentó que no se viese especialmente impactada por toda su belleza masculina. ¿Un hombre tenía belleza? Bueno, él sí.

—Milord —dijo, sin una gota de afecto.

Silas hizo una reverencia medida.

—Lady Eleanor —replicó con voz grave y modulada—, es un gran placer que haya accedido a esta reunión.

—No lo he hecho por gusto. Obligación, más bien. Pero supongo que hay cosas peores que perder media mañana con un hombre que será mi esposo por decreto y no por elección.

Él alzó las cejas, divertido.

—Le agradezco la franqueza. Es refrescante. A menudo me saludan con sonrisas que parecen recortadas de un abanico, y frases que huelen a hipocresía floral.

—No tengo flores para usted, lord Blackridge. Solo advertencias. Hubo un tiempo que previ casarme enamorada. Eso, como bien sabe, no va a ser posible, así que he decidido que no me casaré sometida. Y no me casaré con la esperanza de que esto acabe bien.

—En eso coincidimos plenamente. —Se acercó con calma, sin invadir su espacio—. Tampoco soy un romántico empedernido, lady Eleanor. Ni un salvador. Y créame que nunca tuve la intención de arrastrarla a una vida que no ha elegido.

—Y, sin embargo, lo hará —respondió ella, seca.

—Oh, sí. ¿Se sorprendería si le confesase que también yo entraré en este matrimonio por obligación?

—No caeré en el error de considerar que puedan importarle mis pensamientos, milord.

—Está bien. De todas formas se lo contaré. Me casaré porque mi padre así lo desea. Y porque me gustaría seguir viviendo un par de años más sin tener que desafiarlo cada semana. A un duque no se le puede negar nada.

Eleanor lo miró con interés. Ah. Él la había sorprendido.

—¿Y qué espera de esta entrevista? ¿Que le suplique que sea amable conmigo? ¿Que lo mire como si fuese una víctima de las circunstancias?

—Espero simplemente que lleguemos a un acuerdo. —Silas se sirvió una taza de té sin preguntar, con descaro elegante—. Algo práctico. Frío. Civilizado. Como las uniones más exitosas de esta sociedad, pues ninguno de los dos tenemos escapatoria, no con los padres que ambos tenemos. De una manera u otra, se saldrán con la suya y sería mejor que ambos llegásemos a un entendimiento que nos facilitaría mucho la existencia. No piense que el duque me controla, lo intenta, pero rara vez lo hace, y como ahora mismo estoy ocupado en otras cosas fundamentales —eso era su misión secreta— no tengo tiempo para enfrentarme a él.

Ella se cruzó de brazos. Esas cosas a las que había eludido el conde serían mujeres de faldas

ligeras. A ella le daba igual. Él no le importaba nada en absoluto, como si quería retozar con un regimiento entero de mujeres bien dispuestas… Lo que sí era fundamental para Eleanor era escapar del control de su padre.

—Le escucho. A ver cuánta desfachatez puede caber en una sola propuesta.

Él sonrió.

—Nos casaremos. No porque queramos, sino porque es lo que se nos exige. Usted necesita escapar del control de su padre. Yo necesito que el mío deje de darme sermones y me permita seguir con mis… pasatiempos. Tendremos un heredero. Quizá dos, si los vientos del deber nos soplan de cara, el duque así lo exigirá. Y después de eso… seremos libres.

—¿Libres? —Eleanor enarcó una ceja—. ¿En qué consiste dicha libertad, milord?

—Usted podrá hacer lo que desee, mientras lo haga con discreción y sin escándalos. Yo haré lo mismo. Tendrá una casa, una asignación, y su independencia. A cambio, me dará dos hijos varones, una tregua familiar y la tranquilidad de no tener que lidiar con esposas celosas. No tengo intención de

molestarla más allá de lo estrictamente necesario, así que tendré la misma cortesía que yo le brindaré y tampoco me molestará usted a mí.

Eleanor lo contempló con una mezcla de asombro e incredulidad. Uhm… Interesante. Él parecía ser práctico.

—Y todo eso lo dice con tanta calma, ¿como si me ofreciera un contrato de alquiler sobre su hacienda?

—Me pareció que preferiría claridad a promesas vacías. No es usted ninguna muchachita salida del cascarón.

—¿Es una queja, milord?

—Un hecho. La supuse más joven. Veo que es usted una mujer, al menos confío en que en verdad lo sea. Todo ese veneno que está destilando así me lo indica.

—¿Otra queja más, milord? —repitió ella con frialdad.

Él agitó los hombros con despreocupación.

—Desde luego que no.

La dama se aproximó hasta quedar frente a él. Sus ojos, grises e intensos, no titubearon.

—¿Y si le dijera que me parece un acuerdo de lo más beneficioso, perfecto, y que lo obligaré a cumplirlo?

Silas parpadeó. ¿Así de fácil lo aceptaba? No sabía si sentirse ofendido o contento. ¿No le pareció una mujer llena de sentimentalismos la noche anterior? Creyó que lo sería en exceso. Bueno, tampoco era como si él hubiese rezado para que ella se pusiera de rodillas y le rogase una oportunidad para amarse. ¡Qué tontería! Silas era consciente de que estaba divagando. El amor no era para él. Ni el romántico ni el paternal. Con respecto al segundo, el duque se lo dejó claro en sus primeros años de vida.

—¿Lo encuentra perfecto?

—Sí. Me parece el mejor de los escenarios posibles. Una vida sin fingimientos. Una unión sin afectos. Libertad, finalmente. Nadie me ha preguntado nunca qué quería. Pero esto, esto me suena a salvación.

Él la miró un instante más. En silencio. Luego inclinó la cabeza.

—Entonces, tenemos un trato.

—¿Por escrito?

—Por ahora, basta con que lo sepamos nosotros. El mundo cree que vamos a formar una familia ejemplar. ¿Para qué estropear esa bonita ilusión aunque sea una mentira? —Por alguna extraña razón no quería poner nada sobre el papel.

—Oh, no pienso estropear nada. —Eleanor dio un paso atrás—. Me pondré un precioso vestido blanco, sonreiré como una buena hija, y dejaré que me bese frente al altar. Después… ya veremos.

—Después será libre, lady Eleanor. Como sospecho que desea. Y no necesitará pedirme permiso para nada. Aunque hasta que me dé dos hijos, tendremos que aprender a… tolerarnos.

—No es un mal plan. Me parece que es lo mejor para ambos —remató ella con una sonrisa sarcástica.

Se despidieron sin afecto. Sin promesas. Pero cuando Silas se marchó, lo hizo pensando que jamás había visto unos ojos tan peligrosos. Ni tan hermosos.

Y Eleanor, al quedarse sola, se sirvió una copa de jerez y la alzó en el aire.

—Por el matrimonio más conveniente del año —brindó en voz baja, divertida—. Y por el enemigo más apuesto que he tenido. Si al menos le faltase un diente o tuviese una horrorosa verruga en la nariz…

La guerra de voluntades había comenzado. Y ninguno de los dos tenía la intención de perder las batallas.

Capítulo 5

La nota llegó después de darse un baño. Fue como por arte de magia.

Eleanor, que había amanecido con dolor de cabeza y el recuerdo vago de un beso en la penumbra, no esperaba ninguna misiva. Pero allí estaba, sobre la bandeja de plata, junto a las tostadas y el periódico del día.

Estaba escrita con letra inclinada, firme y elegante. No llevaba firma, ni escudo. Solo palabras:

Mi querida musa de la noche:

Hoy. A Medianoche. Club du Corbeau. Vístase de negro. No diga le su nombre a nadie. No se retire el antifaz.

Reciba la admiración de un ferviente creyente suyo que no ha podido olvidar su beso.

El corazón de Eleanor dio un salto.

Bajo la nota, una delicada caja con un antifaz de satén negro dentro. Ligero. Perfectamente confeccionado. Y condenadamente provocador. ¿Quién se lo había enviado?

Se había metido en la bañera y al salir de ahí, al regresar a su habitación, la nota apareció de la nada. ¿Cómo sucedió eso? No se atrevió a preguntarle nada a su doncella. ¿Era un fantasma? ¿Su fantasma? Tenía que ser el mismo caballero que la besó y que la dejó anhelando más. Como no supo más de él, ni cómo hacer para localizarlo, comenzó a convencerse de que la experiencia solo fue fruto de la embriaguez.

¡Pero sí que existía!

Él era real y le había escrito.

Oh, cielos.

—¡Por el amor de todos los caballeros de Inglaterra! —exclamó, apartando el plato con un gesto impaciente—. ¿Qué clase de lunático cree que puede enviarme esto… y esperar que yo lo obedezca?

No iría, decidió. Aunque cinco segundos después, estaba levantada, sosteniendo el antifaz ante el espejo.

—Claro que iré. A fin de cuentas, mi prometido me ha ofrecido un acuerdo práctico y no es como si yo le fuese a regalar mi virginidad al primer hombre que me hace caso.

Pensó en su deber entonces.

Silas Langdon, conde de Blackridge, su prometido indeseado, había tenido una honestidad insultante con ella. Le había ofrecido un acuerdo: matrimonio sin afecto, dos hijos —uno de repuesto, por si la fortuna se mostraba cruel—, y luego libertad. Libertad. Eleanor había repetido esa palabra como una oración. Había creído en ella. La había saboreado con la misma ansia con la que una cautiva imaginaba el primer aliento de aire tras ser liberada.

Y, sin embargo…

Ahí estaba. Con un antifaz en la mano y un secreto hirviéndole en el pecho. Iba a acudir a una cita clandestina. Con un desconocido. A una hora impropia. En un club decadente. Sin saber quién era el hombre que la esperaba. Todo eso, después de aceptar con tanta altanería el trato propuesto por su prometido, como si el resto del mundo pudiera arder sin que a ella le importara lo más mínimo.

—¿Y si estoy siendo una hipócrita? —murmuró, apenas en voz alta.

Se había convencido de que no le importaba lo que Silas hiciera. Que no le incumbía el desfile de amantes de él. Ni la cantante de ópera que paseaba de su brazo por Hyde Park con la seguridad de quien se creía intocable. Durante su entrevista con él, Eleanor no le había preguntado nada sobre la mujer que lo entretenía. No había mencionado el asunto porque no iba a concederle ni una migaja de interés. Eso era lo pactado. Eso era lo que se habían propuesto mantener.

Debería honrar lo acordado.

Pero el antifaz…

La nota misteriosa…

La esperanza, maldita fuese…

Tal vez era eso lo que más la hería. La posibilidad. Porque ¿y si esta vez sí? ¿Y si bajo ese fantasma que la hizo temblar en aquella biblioteca se ocultaba alguien capaz de verla más allá de su padre, su temperamento y su insolencia cuidadosamente pulida? ¿Y si ese beso prometedor —aquel beso que no se deshacía ni con el paso de los días, ni con los paseos al aire libre, ni con el jerez más fuerte— no había sido un error, sino un vaticinio… de amor?

¿Y si esa noche era su última oportunidad de sentirse viva?

«No estás obligada a serle leal a tu prometido, porque él no lo es tampoco contigo». Esa frase se la había repetido tantas veces en su fuero interno que empezaba a vaciarse de sentido. Pero estaba claro que alguien como Blackridge jamás le ofrecería amor, porque los calaveras como él no podían hacerlo, así que, ¿y si pudiese amarla ese desconocido al que le había hablado entre susurros?

Quizá era una locura. Quizá se estaba traicionando. Pero Eleanor no había llegado tan lejos para seguir siendo una dama obediente. Si iba a equivocarse, lo averiguaría con el corazón latiendo. Si

iba a arder, que fuese por algo más que rabia o desdén.

Y si ese desconocido era un canalla… bueno, estaba prometida con uno, peor no le podría ir.

Se colocó el antifaz. El encaje rozó su piel como una segunda conciencia. No era valentía lo que sentía. Era necesidad. No de escándalo, sino de verdad. Una verdad que no podría encontrar en los salones ni en las reverencias ni en los acuerdos fríos firmados entre sonrisas contenidas.

—Una última locura —susurró—. Solo una.

Lo decidió. Se encontraría con su fantasma. No como una niña desobediente, sino como una mujer que, por una vez, quería elegir el fuego antes de que lo eligieran por ella.

Buscaría refuerzos, porque estaba loca, pero tampoco tanto… ¿verdad?

***

Prudence Hamilton, duquesa de Rutland, estaba disfrutando de un raro momento de paz. Su hijo dormía, su esposo trabajaba en su despacho, y no se oía ni una sola queja del servicio. La tranquilidad era sospechosa.

Hasta que entró Eleanor como un vendaval educado. Sus apariciones solían ser así. Impetuosas.

—¡Necesito tu ayuda para cometer una pequeña locura! —anunció, sacudiendo el antifaz como si fuera una bandera de guerra.

Prudence ni siquiera pestañeó. Solo dijo:

—¿Hay riesgo de que termine en la cárcel?

—Moderado.

—¿Benjamin puede enterarse de nuestros planes?

—Por supuesto. Tendrá que acompañarnos. Si no lo obligas tú, lo haré yo. Es el único que sabe usar una pistola sin ponerse nervioso.

—¿Y de qué tipo de locura estamos hablando?

Eleanor se dejó caer en el diván y se le explicó todo. La nota, el antifaz, la hora. La sospecha —no dicha, pero latente— de que el autor de aquella invitación podía tener algo que ver con el beso furtivo que aún sentía en los labios.

—¿Quién crees que puede ser? —susurró Prudence, curiosa como una gata.

—No lo sé. No estoy segura de nada —murmuró Eleanor—. Solo de que tengo que conocerlo antes de… de casarme.

Así comenzó la gran aventura, porque horas más tarde, un trío se encontraba en un carruaje y se dirigía a un club de mala reputación.

—No hemos hecho nada así desde que quemamos los papeles del reverendo Henslow —murmuró la duquesa.

—Teníamos quince años —susurró Eleanor—. Esta vez no tenemos la excusa de la adolescencia.

—No, pero tenemos ambición ahora.

Junto a su esposa, sentado frente a Eleanor, un duque, Benjamin Hamilton, mostraba una expresión tan resignada como concentrada. Vestía como un caballero, pero su actitud era la de un general en territorio enemigo.

—Si ocurre algo raro, hacedme una señal. Dos toques en la copa, un estornudo, lo que queráis —dijo con su tono más seco.

Prudence le palmeó el brazo.

—Amor mío, si estornudo en mitad de un club así, lo raro seré yo.

Entonces el carruaje se detuvo con un traqueteo suave en una de las callejuelas más oscuras y discretas del Soho. Una linterna de aceite, que colgada de un gancho, lanzaba sombras irregulares sobre la entrada de un edificio de ladrillo envejecido, con un cartel deslucido que no dejaba del todo claro si se trataba de un club, una taberna o una trampa mortal.

El Club du Corbeau no aparecía en ninguna guía respetable de Londres, pero todos los que tenían algo que ocultar sabían encontrarlo.

—Decididamente esto no es Mayfair —sentenció el duque de Rutland, mirando por la ventanilla con el ceño fruncido.

—¡Por supuesto que no! —respondió Prudence con entusiasmo, mientras se ajustaba la capa sobre los hombros—. Por eso estamos aquí. Una noche sin obligaciones. Una pequeña aventura.

Benjamin giró el rostro lentamente hacia su esposa con la expresión de quien estaba a punto de presenciar una catástrofe… y llevar la cuenta de los daños.

—¿Una aventura? —repitió con tono grave—. ¿Eso es lo que hemos venido a buscar en una parte de Londres que huele a ginebra, pecado y papel de estraza?

—También huele a libertad —replicó Prudence, alzando una ceja desafiante—. ¿O es que has perdido el olfato desde que eres padre?

Benjamin se encogió ligeramente en su abrigo y suspiró como si cargara el peso de todo el reino sobre los hombros.

—Desde que soy padre —dijo con solemnidad—, he perdido muchas cosas. El sueño,

por ejemplo. Y la dignidad, cuando el niño me vomita encima con precisión militar. No pienso perder también la seguridad personal por acompañarte a una cita encubierta con un enmascarado.

—¡No es una cita para mí! —exclamó ella ofendida—. Es para Eleanor.

—Ah, sí —resopló Benjamin—. Eleanor, que ahora mismo nos mira como si deseara ser la mujer más experimentada de Londres.

La aludida no se atrevió a decir nada.

Los duques comenzaron a bajar. Luego ella hizo lo propio. Prudence le dedicó una sonrisa dulce y le ofreció la mano para ayudarla a descender. Eleanor aceptó con gesto firme, aunque por dentro sentía que se deshacía como azúcar en agua caliente.

Benjamin no habló más, estaba muy ocupado fulminando con la mirada al gorila que custodiaba el club, quien parecía decidido a ignorar a un caballero que se veía a la legua que era de alto rango y a las dos preciosidades que lo acompañaban.

—¿Tienes idea de qué clase de establecimiento es este? —murmuró en dirección a su esposa mientras avanzaban.

—El tipo de establecimiento en el que nadie te llamará Su Gracia y puedes beber algo fuerte sin tener que escuchar una charla sobre el mercado del té —respondió ella, divertida.

—Prudence…

—Benjamin.

—Me estás arrastrando a una madriguera de libertinos, sabandijas y músicos mal pagados. Lo sabes, ¿verdad?

—Y tú me amas, lo sabes, ¿verdad?

Él se quedó en silencio un segundo. Luego la miró con ese gesto contenido que solo ella sabía leer. Sus labios apenas se movieron.

—Con desesperación.

Prudence sonrió. El tipo de sonrisa que podría haber hecho florecer una rosa en pleno enero.

Eleanor los observaba desde unos pasos atrás. El duque y su esposa eran una pareja muy peculiar. Parecían absurdamente diferentes entre sí: ella, radiante, con el cabello recogido con descuido y los ojos chispeantes; él, sobrio y contenido, como un

mármol viviente… que solo Prudence sabía calentar. Y aun así, encajaban. Como dos piezas imposibles de unir hasta que alguien las empujó justo en la dirección correcta.

Eleanor tragó saliva. Por un momento, deseó tener eso. Esa especie de complicidad que a veces no precisaba ni de palabras. Esa seguridad de saber que, aunque todo ardiera, el otro estaría ahí. Ella también quería que alguien la amara con desesperación. No con condescendencia. No por obligación.

—¿Estás segura de querer hacer esto? — le preguntó Prudence, dándose la vuelta hacia ella.

El antifaz que llevaba bajo el brazo parecía arder de posibilidades. Eleanor lo sostuvo entre los dedos y asintió con firmeza.

—Creo que si no entro ahí esta noche, me pasaré la vida preguntándome si alguna vez pude tener otra historia.

Benjamin gruñó por lo bajo.

—Una historia que comienza con una especie de mascarada, en un club de dudosa

reputación y con un desconocido, rara vez termina con un matrimonio feliz.

Prudence le dio un codazo en las costillas.

—¿Y la nuestra?

Él se inclinó apenas hacia ella, su voz una caricia áspera.

—La nuestra comenzó con una guerra y terminó con un armisticio. Eres una anomalía, Prudence. Y te amo por eso.

Eleanor apartó la mirada justo a tiempo para que no se le notara el nudo en la garganta.

—Vamos, antes de que mi esposo se derrita y tengamos que arrastrarlo de regreso al carruaje —dijo Prudence, cogiendo a Eleanor del brazo.

—Estoy empezando a pensar que deberíamos haber traído una escolta —masculló Benjamin, lanzando una mirada oscura al edificio.

—Oh, pero la tenemos. Tú eres la escolta —replicó Prudence con dulzura—. Y además

eres el más temible de todos los duques juntos de Gran Bretaña, incluidos los bárbaros y rudos escoceses. ¿Qué podría pasarnos con tu magnificencia al lado?

Él no respondió. Solo entrecerró los ojos y dijo, como quien lanzaba una profecía:

—Voy a lamentar esto.

Pero no se movió de su sitio. Ni se marchó. Porque cuando su duquesa lo cogió de la mano, Benjamin no pudo —ni quiso— soltarla.

Y Eleanor, al verlos así de cómplices, acompañándola al club más decadente del Soho, con la dignidad de una pareja real y el alma envuelta en una promesa compartida, supo que sí existía el amor… pero que no todos eran tan afortunados de encontrarlo a tiempo.

Y por eso… esa noche, bajo la máscara, tal vez ella buscase algo más que una aventura. Tal vez quería —aunque no lo confesara— un beso de amor eterno.

El trío entró en el lugar.

El interior del club era más decadente que peligroso. Alfombras oscuras, música baja, conversaciones en susurros. Eleanor caminó entre el humo de los cigarros como si lo hubiese hecho cada noche. Sabía fingir. Siempre lo hacía en los salones, aunque el ambiente no fuese, ni de lejos, el mismo.

Entonces lo vio.

No su rostro, por supuesto. Llevaba máscara y no era pequeña.

Pero era él.

Lo supo por la forma en que se volvió al verla. Por la rigidez sutil de sus hombros. Por la forma en que sonrió… como si ya la conociera.

Silas Langdon la esperaba con una copa en mano y la mirada fija, aunque ella desconocía su identidad, por descontado. Pero él, maestro del disfraz, mantenía el misterio. Nada en su gesto revelaba quién era. Ni su voz, cuando habló:

—¿Cree en los encuentros destinados, milady?

Eleanor sonrió.

—Solo si traen vino y respuestas —coqueteó.

—Esta noche podría ofrecerle ambas cosas.

—¿Y un nombre?

—Sería un desperdicio. Mucho mejor conservar el misterio, ¿no le parece?

Ella alzó una ceja tras el antifaz.

—Entonces bailemos con el misterio, desconocido —propuso, como si fuese una mujer experimentada habituada al flirteo atrevido.

Y lo hicieron. Bailaron. Hablaron en susurros. No se tocaron más allá de lo permitido… pero tampoco menos. En cada paso, en cada giro, en cada palabra, Eleanor sentía que algo se encendía. Y él… él no era Nathaniel. Eso estaba claro.

Ese hombre era otro.

Hecho de fuego, creado para consumirla.

Una llama que podía quemarla viva.

Y maldita fuese esa tentación, porque ya empezaba a gustarle el calor aunque la fuese a derretir y matarla. Pero no más que a él.

Capítulo 6

Estaba en el paraíso. Jugando a ser una dama mundana con un hombre que no la juzgaba por su atrevimiento, por su audacia. Fue entonces, justo en el momento en el que Eleanor perdió de vista a los duques de Rutland, cuando el enmascarado le ofreció la mano a modo de invitación. La dama vaciló un segundo, solo uno, antes de aceptarla. Su piel era cálida bajo los guantes. Su agarre firme. Como una promesa pronunciada con los dedos.

—¿A dónde me lleva? —preguntó, alzando apenas una ceja bajo el antifaz.

—A un lugar donde pueda escucharle el corazón sin el murmullo de cien hipócritas ahogando su latido.

Eleanor no respondió. No sabía si la respuesta fue una cursilería o una trampa, pero lo cierto era que su pulso se disparó.

¡Era perfecto!

Y lo mejor de todo residía en que él estaba genuinamente interesado en ella, porque allí dentro había mujeres paseando con muy poca ropa y no las había mirado ni un instante.

Lo siguió por un pasillo oculto tras una cortina de terciopelo carmesí. A cada paso, el aire se volvía más espeso, más cargado de incienso, humo de tabaco dulce y perfume embriagador. Cruzaron una puerta baja con molduras doradas. Al otro lado, la atmósfera cambió como si hubieran atravesado el umbral de un templo pagano.

Era una sala privada. Redonda. Elegante. Alfombrada en negro y vino, con cortinas pesadas como secretos antiguos. Dos lámparas bajas de aceite tintaban las paredes de ámbar y sombras. En el centro, un diván semicircular de terciopelo, rodeado por cojines bordados y una mesa de marquetería con un decantador de cristal y dos copas talladas. El rincón parecía diseñado para las confidencias que no podían decirse en voz alta.

Silas soltó su mano con una lentitud medida.

—¿Le incomoda el silencio, querida mía?

—Depende —respondió, sin retroceder—. A veces el silencio dice más que una mentira.

—Y a veces una mentira bien dicha salva una noche entera.

Se acercó a la mesa y sirvió dos copas. Le ofreció una.

—¿No piensa decirme su nombre nunca? —preguntó ella, aceptado el licor sin dejar de mirarlo.

—¿Y romper el hechizo? —bebió sin apartar la vista—. Me parece que sería un crimen atroz. Usted no está preparada para que le desvele mis… secretos. —Y eso no fue ninguna mentira. ¡Cómo le gustaba esa muchacha inocente que se atrevía a ir más allá para tratar de seducirlo! Si ella supiera que lo tenía cautivado…

—¿Y si quiero saber con quién estoy cometiendo una imprudencia?

Él sonrió. Maldito fuese. Tenía esa sonrisa afilada que hacía que una dama razonable quisiese cometer tonterías. Muchas. Repetidas. Lamentó que la máscara fuese tan grande y no le permitiese dibujar con certeza su rostro. Eso sí, la boca la tenía bien descubierta. ¿La besaría esa noche?

—Crea que soy simplemente un castigo. Un dulce castigo para usted.

—¿Y yo qué sería para usted? —replicó, con tono tentador.

—Una amenaza. —Ahí de nuevo le dijo una gran verdad. Sería tan fácil dejarla entrar… ¡No! Los muros no serían derribados. No cometería tal error imperdonable.

—¿Por qué? —inquirió llena de curiosidad, intuyendo que él no mentía.

—Porque habla como si el deseo no tuviese consecuencias. Las tiene y a veces pueden ser fatales. Usted misma me habló, en aquella biblioteca, de un antiguo amor que la dejó con el corazón roto.

—Estoy cansada de las consecuencias, de la buena sociedad, de ser correcta… Estoy agotada de tanta soledad. Solo quiero…

—¿Qué desea, querida mía?

Ella se lamió los labios con nerviosismos. Él sabía que no había sido un gesto provocativo, pero ardió. Su virilidad se endureció demasiado, tanto que el dolor era, casi, insoportable.

—Enamorarme —confesó.

Él negó con la cabeza. Movió la máscara de lado a lado con la acción pero su identidad siguió a salvo.

—No puedo darle lo que pide, pero sí otra cosa todavía más satisfactoria.

—¿El qué?

—Deseo. Puro deseo. Entre nosotros nació una chispa. Lo sintió y yo, quizás, más que usted.

Él se acercó. No la tocó, pero su presencia le alteró la respiración.

—¿Y si le dijera que puedo leer el deseo en sus pupilas, querido mío? —Se atrevió a usar la fórmula de cercanía que él había empleado con ella.

—Le diría que no miente.

Eleanor sintió cómo el calor subía por su cuello. No era rubor. Era furia contenida. O excitación. O ambas cosas. ¡Maldita fuera la anticipación!

—¿Quién es usted? —susurró, dando un paso atrás. Estaba aterrada por lo que podría suceder en ese lugar íntimo.

—Alguien que ha soñado con volver a besarla desde la noche en la que usted no sabía a quién besaba.

—Yo… pensé durante días… que fue todo un sueño —titubeó.

—Pero no lo fue —replicó él—. Y yo no la he olvidado. Su lengua aún vive dentro de la mía. Recuerdo su sabor, champán y fresas. Dulce con un toque amargo.

Silas avanzó de nuevo. Despacio. Como una marea oscura. Eleanor quiso retroceder una vez más, pero su cuerpo se negó.

—¿Y si esta vez no estoy ebria? —murmuró—. ¿Y si esta vez recuerdo cada palabra con claridad?

Él alzó la mano, pero no la tocó. Solo rozó el aire junto a su mejilla.

—Entonces esta vez… le pediré permiso, a no ser que no quiera que no lo haga. ¿Le gustan los villanos, querida? Yo lo soy en exceso, hará bien en no olvidar mi advertencia.

Ah. Ella no dudaba de que fuese un canalla. ¿Pero no podía un hombre así reformarse? ¿Sería ella lo bastante fuerte y capaz para traerlo de regreso al redil?

—¿Para qué? ¿Para quiere mi permiso?

—Para empezar, quisiera perderme en su piel. Acariciarla como un hombre lleno de devoción que no tiene motivos para ocultar su hambre, su necesidad.

—¿Y si me niego a seguir con este juego?

—¡Vamos, mujer! No nos conocemos, pero ambos esperamos honestidad por parte del otro.

No me privará de satisfacer mis… deseos más privados e íntimos.

Ella lo odiaba. Odiaba cómo la leía. Cómo la desnudaba con los ojos sin bajar la mirada a sus pechos. Cómo la respetaba justo cuando lo que ella quería era que dejase de hacerlo.

—¿Qué es esto? —preguntó, la voz más baja, más rota—. ¿Un juego?

—No.

—¿Entonces qué?

—Una tregua —respondió él, muy cerca —. Entre su fuego y el mío.

Eleanor bajó la copa. Silas la cogió y dejó ambas sobre la mesa. El silencio volvió. Cargado de sensualidad. La música del club era lejana, amortiguada por los muros gruesos. Allí dentro, solo existían ellos.

Y el deseo. El maldito deseo que los sometía a ambos.

Silas alzó las manos y esta vez sí la tocó. Una mano en su cintura. La otra, apenas rozando el

encaje del antifaz.

—¿Puedo? —preguntó.

—No —susurró ella.

—¿Por qué? Yo ya sé quién eres, y estoy aquí. Tú no conoces mi identidad, y tu fascinación con aquel beso, conmigo —precisó— te ha hecho saltarte todas las reglas de la buena sociedad.

—¿Vas a desaparecer? ¿Vas a dejarme atrás por ser quién soy?

—Quiero besarte, querida. No pienso irme a ninguna parte.

Ella tragó saliva.

—No prometas cosas que no puedas cumplir.

—Solo te prometo que no lamentarás esta noche.

Eleanor alzó el rostro. Podía oír su propio corazón. Podía sentir la vibración de su cuerpo en las yemas de sus dedos. No era un caballero. Eso era evidente. Ningún hombre honorable la hubiese

colocado en semejante posición. No era un desconocido del todo tampoco. Era… algo más. ¿Sería su príncipe azul? Ese que llevaba tanto tiempo esperando.

Silas bajó la cabeza y la besó.

Esta vez no hubo duda. No hubo error para ella, porque aunque no sabía a quién besaba, sí era consciente de que no era Nathaniel.

El beso fue un reclamo. Fue una danza de fuego contenida por un par de antifaces. Fue lascivo e irreverente. Fue dulce y hambriento. Eleanor le respondió sin reservas, como si hubiese estado esperándolo toda la vida. Sus manos se aferraron a los hombros del hombre que no conocía y al que su cuerpo reconocía mejor que a sí misma.

El diván estaba cerca. Demasiado. Y la cordura, demasiado lejos.

Cuando se separaron, Eleanor respiraba como si hubiese corrido media milla.

—Dios mío… —murmuró.

—No. Yo no soy Dios, pero esta noche, si me lo permite, lo adoraré como si lo fuera usted. Mi

divina diosa de la pasión…

Ella lo empujó con suavidad, medio riendo, medio temblando.

—Basta. No diga cosas como esa.

—¿Por qué no?

—Porque podría comenzar a creerlas.

—Créame entonces. Solo por esta noche.

Y allí, en esa sala velada de terciopelo y entre la penumbra, Eleanor supo que no había marcha atrás. Estaba cayendo. No sabía con quién. No sabía por qué. Pero caía. Y por primera vez en años, no quería agarrarse a nada, porque posiblemente, por fin, alguien no la quería salvar. Solo deseaba arder con ella.

Sin más ceremonia, Silas alzó una mano hasta rozar el borde del antifaz. Eleanor no se apartó, pero tampoco lo ayudó. Solo lo miró, desafiándolo con el silencio. Él le retiró la máscara con suavidad y la dejó caer al suelo sin prestarle atención. No pensaba quitarse su máscara aunque ella se lo suplicase. Hacer algo semejante sería la ruina para ambos. Sí, en especial para él, porque ella no estaba

preparada para conocer al hombre que iba a hacerla feliz esa noche.

El rostro de Eleanor, al fin al descubierto, era una mezcla de fuego y de duda. Silas le rozó la mejilla con el dorso de los dedos.

—¿Estás segura? —susurró, la voz más baja que una promesa. No tenía sentido hablarle con formalidad, puesto que tenía el propósito de conocer su cuerpo tan bien como conocía el suyo propio.

Eleanor asintió. Solo una vez. Pero fue suficiente para que él obtuviese su permiso.

La besó sin prisa, sin necesidad de fingir contención, pero tampoco con violencia. Fue un beso profundo, como si supiera que debía memorizar cada curva de sus labios, como si el tiempo que tenían fuera un lujo y no un derecho.

La sentó sobre el diván, no fue un arrastre impaciente, sino una invitación. Ella se dejó guiar, con el corazón golpeando dentro de su pecho, como un tambor antiguo. Entonces y él se arrodilló frente a ella y le sostuvo una mano entre las dos suyas.

—Quiero tocarte… donde nadie lo ha hecho nunca —murmuró—. Quiero darte placer sin reclamar nada que no estés dispuesta a darme. Dime que estás preparada para que beba de ti, amor.

El calor le subió por el cuello hasta las orejas, pero no se retiró. Eleanor nunca había sentido algo así. No era miedo. No exactamente. Era una mezcla de vértigo y promesa. De caer y ser sostenida.

Silas deslizó las manos por sus pantorrillas, subiendo lentamente, con los ojos fijos en ella. Cuando alcanzó los muslos, Eleanor se tensó… pero no lo detuvo. Él la miró, buscando una negativa que no llegó. Entonces, con el cuidado de un hombre que sabía que el deseo también podía ser devoción, la acomodó por completo sobre el diván, dejando que su espalda reposara contra el respaldo.

Cuando sus labios se deslizaron bajo las capas del vestido, Eleanor ahogó un suspiro. Todo era nuevo. Todo era desconcertante. Las telas se alzaban, la respiración se aceleraba, y Silas, con una paciencia desquiciante, la besó *allí*… justo donde ninguna mano había osado explorarla. No fue brusco. No fue urgente. Fue reverente. Como si besarla en lo más íntimo fuera un privilegio que no pensaba tomarse a la ligera.

Eleanor sintió que el mundo se deshacía bajo ella. ¿Lo que él le hacía estaba permitido? Cada pensamiento coherente fue sustituido por sensaciones puras: la humedad de su aliento, la calidez de su lengua surcando sus suaves pliegues, los suspiros que no reconocía como suyos. Nunca se había sentido tan viva.

La lengua de su amante era tan… y esa sensación que se abría paso en su interior era también tan… ¡Dios! La mataría si no le daba tregua. Eleanor trató de escapar del certero agarre de las manos de su desconocido enmascarado. No lo logró porque él se lo impidió. Se había propuesto liberarla y, por lo más sagrado, que la haría derretirse en su boca o moriría en el intento.

—Por favor… por favor… —Ella no sabía bien el motivo por el que suplicaba, solo era consciente de que su cuerpo no podía soportarlo más. Era una agonía mezclada con la promesa de algo que no llegaba a materializarse.

—Utilízame a tu antojo —le dijo con la voz cargada de deseo—. No olvides que aquí tú eres una diosa y yo tu siervo. No fuerces lo que tu cuerpo ansía, solo… solo tienes que dejar de luchar y llegará, te lo juro, amor.

Silas volvió a besar su feminidad.

Para Eleanor no había nombres, ni compromisos, ni Londres o el escándalo existían en esos instantes. Era solo una mujer sintiendo. Despertando de un letargo. Solo era consciente de un calor denso que se expandía desde su vientre y trepaba por su columna. Se aferró al respaldo del diván, sus gemidos ya no eran breves, eran jadeos llenos de gratitud y ferocidad. Cada caricia era ardiente, experimentada, como si él supiera exactamente cómo hacerla deshacerse sin empujarla a la vergüenza, sino a la gloria.

Y entonces llegó lo inesperado. Aquello que desconocía por completo. Su espalda se arqueó, presa de un estremecimiento profundo, porque la oleada de placer la recorrió como un relámpago que debía ser silencioso. Eleanor se cubrió la boca con la mano, incapaz de contener un fuerte gemido que no había imaginado emitir jamás.

Había alcanzado el clímax. Él lo supo, y pese a ello, siguió lamiendo los restos del placer femenino, pues era una grata recompensa por la que había trabajado arduamente.

En el momento en el que la sintió laxa, fue cuando salió de debajo de la falda. Él no habló.

Solo la miró, con sus labios brillando con el reflejo de ella, como un amante que había hecho una ofrenda… y la había venerado.

—¿Qué me has hecho? —murmuró, entre jadeos.

—Darte lo que mereces, amor.

—¿Cómo es posible que algo así me haya sucedido? ¿Cómo es posible que nunca me haya sucedido esto tan… tan extraordinario que me has dado? —Estaba desconcertada.

—Porque nunca —repitió como ella— has estado con alguien que quisiera darte esto sin exigir nada a cambio —respondió él—. Porque me muero de hambre por ti, y aun así, quiero que seas tú quien me lo permita. ¿Vas a permitírmelo, amor?

La sinceridad y el miedo al rechazo que observó en sus ojos la impactó.

—Haz conmigo lo que quieras —se rindió porque no podía hacer otra cosa.

Ella se incorporó lentamente, temblando. Se arrodilló sobre el diván y él la guio hasta quedar

sobre él, a horcajadas. La falda alzada, el calor entre ambos multiplicándose.

—Así —susurró él—. Así podré tocar el cielo sin arrebatarte nada que no tengo derecho a reclamar.

Eleanor lo miró fijamente. No lo entendía, pero… ¡Oh, santo Dios bendito! La había acomodado sobre su *pieza masculina*. Ella, que había leído un libro escandaloso, que incluso se lo prestó a su querida amiga Prudence y se sentía tan… ¡inexperta! En aquel libro, que creyó que era inmoral, no se explicaba absolutamente nada de lo que estaba viviendo.

¡Dios!

La tenía subyugada, pero comprendió que él estaba igualmente fascinado con ella. Se sintió preciosa, femenina y con… con poder. El pecho masculino subía y bajaba con fuerza. Era la misma agonía que ella había tenido momentos antes. Estaba desesperado y solo ella tenía la oportunidad de ofrecerle consuelo. La liberación. Y entonces, sin más palabras, se dejó llevar. Moviéndose lentamente contra él, contra su falo, guiada solo por la intuición y el deseo.

Silas cerró los ojos. La sostuvo con fuerza, pero con cuidado. Y en ese roce, con ese contacto con el que no se rompía nada, pero lo encendía todo, ambos alcanzaron una intimidad más profunda que cualquier otra en la que hubiesen estado desnudos.

—Dame paz, amor. Dame paz… —Silas era consciente de que jamás le había rogado a ninguna mujer. No le importaba mendigarle a esa dama tan sorprendente, cuya inocencia lo encendía más que una experta cortesana que se hubiese llevado a la cama.

Era sensacional.

Sublime.

Perfecta.

E iba a ser suya. Sería su esposa y podría disfrutarla siempre que se le antojase, la haría tocar el cielo cuando ella se lo exigiera.

Y cuando su aliento se rompió en jadeos y sus cuerpos temblaron juntos, Silas alcanzó la liberación, derramándose en sus pantalones, como si fuese un colegial de dieciséis años con su primera

amante. Eleanor también gritó con furia cuando se elevó por segunda vez sobre las nubes.

No hubo promesas ni confesiones.

Solo una certeza compartida: aquella noche había comenzado algo inexplicable entre ambos.

Se despidieron, entre besos silenciosos que decían más que las palabras, y ambos sufrieron la separación.

Capítulo 7

Silas Langdon no solía tener dificultades para conciliar el sueño después de una noche intensa. Tampoco para despedirse del deseo cuando ya había sido saciado. Bueno, hizo el amor con ella… aunque no de la manera tradicional, así que debería estar tranquilo. No. No era así.

Aquella mañana, mientras la luz dorada se filtraba tímidamente entre las pesadas cortinas de su habitación, seguía despierto. Echado sobre su cama, vestido con solo una camisa desabrochada, con el pelo revuelto y los músculos tensos, Silas contemplaba el techo como si en su yeso agrietado pudiera encontrar las respuestas que su mente rehuía.

No la había desnudado.

La idea de hacerlo le había quemado en la lengua como un sorbo de brandy mal ingerido. Había tenido a lady Eleanor Stanhope rendida ante él, sus labios jadearon por él aunque sin saberlo, su cuerpo se estremeció bajo su boca. Ella, con su altivez y su cuello erguido de una reina, había sido un temblor de carne y deseo bajo su embrujo. La había tocado con una reverencia feroz. La habría podido poseer cómo y cuánto hubiese querido, y, sin embargo, no se lo permitió.

Porque cuando ella se lo diese todo quería que supiera a quién estaba aceptando en verdad.

Porque él no quería tomarlo todo aún…

Silas gruñó para sí mismo. Se sentó en el borde de la cama con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Tenía la mandíbula apretada y las palabras atrapadas en la garganta. Nunca, jamás, había sentido celos de nadie y no había esperado sentirlos de sí mismo.

Quiso arrancarse la máscara. Decirle que era él, que el que la hacía gemir no era un desconocido, sino su prometido, el hombre que la iba a llevar al altar aunque ninguno de los dos lo desease. Pero no lo hizo. ¿Por qué? Porque en aquel

momento supo —como se sabían las cosas que no necesitaban pruebas— que ella no se habría rendido de ese modo si hubiese conocido su identidad. Pues él era el canalla que había acordado con ella un matrimonio sin amor y con fecha de caducidad.

Eleanor se entregó al misterio.

Y Silas quería que… que…. que se entregase a él. Al hombre. No al título. Solo a él.

No al amante enmascarado. No al juego. No al teatro. A él. Al hombre que ni siquiera se permitía pensar en el amor, porque sabía que no estaba hecho para eso.

Se puso en pie y caminó hasta la ventana, apartó la cortina con un gesto impaciente y miró la ciudad despertar. Londres siempre olía igual por la mañana: a carbón, a pan, a humedad. Era como si tratase de recordarle que el mundo seguía girando aunque sus pensamientos estuvieran al borde del caos.

—Maldita seas, Eleanor… —murmuró.

¿Por qué le dolía tanto el simple hecho de no poder decirle que él había sido quien la besó como si la adorase? ¿Por qué aquella mujer, con su

lengua viperina y su porte altivo, lo hacía sentirse como un condenado que hubiese visto un destello de cielo entre las rejas?

Porque no era como las demás. Porque cuando le planteó un matrimonio de conveniencia lo había mirado con desafío y no con hambre como hacían todas. Porque le temblaban las manos, pero no la voluntad. Porque podía reírse del mundo sin perder la compostura. Y porque, por alguna razón que ni él mismo comprendía, había conseguido que se arrodillara ante su placer como si fuese una diosa.

Y ahora… ahora él era el único que sabía la verdad. El único que recordaba y se atormentaba.

¡Ella no lo reconoció!

Ni su voz disfrazada, ni el roce de sus dedos, ni el tono grave con que le susurró entre las piernas. ¡Nada! ¡De acuerdo!, tampoco era como si su prometida tuviese un gran recuerdo de él antes de esa breve entrevista en casa de ella, cuando lo trató como si fuese una reina y él un plebeyo de baja estofa… ¡pero tuvo que haberlo sospechado! ¡Tuvo que haber adivinado que él era su enmascarado y punto!

Silas sintió un nudo extraño en el estómago. No era simple lujuria. Era otra cosa. Una punzada aguda. Una necesidad de ser visto por ella sin el antifaz, sin la ironía, sin la fama. Tal como era. ¿Y qué era, en realidad? ¿Un espía, un libertino, un hijo mal querido? ¿Un hombre que había jurado no amar porque no le habían enseñado siquiera qué era eso?

Negó con la cabeza. No podía permitirse pensar en amor. No con ella, ni con nadie. Su vida no estaba hecha para eso. Estaba hecha de sombras, de secretos, de medias verdades. De nombres falsos y pasiones prestadas.

Y aun así…

Recordó su primer gran gemido, fruto de la liberación. El modo en que ella se había curvado contra su lengua, sus caderas moviéndose con torpeza e instinto. Recordó sus dedos enredados en su camisa, la súplica muda en su garganta, y la forma en que se había quedado dormida sobre su hombro, como si por un segundo, el mundo hubiese dejado de dolerle.

Silas apretó los puños.

—No estoy hecho para esto… —susurró, pero ni siquiera él se lo creyó.

Esa noche no había sido un juego. No con ella. Y, en esos instantes, lo único que lo separaba de confesar la verdad era el miedo. Miedo a que ella lo mirara como a un traidor, no como a un amante. Miedo a perder lo que aún no tenía pero que se sentía verdadero.

O peor aún…

Miedo a que, si ella lo miraba de verdad, viera al hombre que en realidad era. Uno que no valía nada.

Nunca lo amaría. Nadie lo había hecho antes, ¿por qué iba a ser Eleanor especial?

Silas se apartó de la ventana y se sirvió un trago de whisky. No era hora. No era prudente tampoco, pero nada de lo que sentía desde la noche anterior lo era.

Bebió de un sorbo. Se pasó la mano por el rostro.

—Estoy perdido —reflexionó con gran acierto.

Luego decidió meterse en la cama y tratar de descansar. Con un poco de suerte, ella se alejaría de sus pensamientos y encontraría algo de paz.

***

El mediodía londinense se filtraba por los cristales polvorientos del despacho de Silas Langdon con una languidez casi poética. El conde de Blackridge estaba recostado en una silla de terciopelo verde, con una copa en la mano y los pies cruzados sobre el escritorio, mirando el techo con aire abstraído. Iba en mangas de camisa, sin chaleco ni el pañuelo de la corbata puesto, los primeros botones estaban abiertos y su cabello, aún revuelto por la pereza matinal.

Fue entonces cuando la puerta de su santuario se abrió sin ceremonia. Su padre lo observó con atención y vio en su rostro… ¿sorpresa? Imposible, el duque jamás se sorprendía con él.

—¿Se ha muerto la última de tus amantes o simplemente has decidido dejarte caer en

el celibato? —gruñó el duque de Bridgate, al tiempo que entraba como un vendaval enfadado envuelto en lana azul marino.

Silas ni siquiera parpadeó.

—Buenos días, padre. Qué encantador verte irrumpir como si esto fuera la Cámara de los Lores y yo tuviera algo interesante que declarar.

—Me aburro cuando no tengo que reprenderte —masculló el duque, para luego cerrar la puerta con más fuerza de la necesaria—. ¿Dónde está la mujer que te calienta la sangre hoy? ¿La tienes bajo el escritorio? Querría al menos una prueba de que no has sido castrado por error, es ahora cuando necesito que te reproduzcas aunque no haya placer en ello.

Silas sonrió, al tiempo que se estiraba como un gato satisfecho.

—Hoy no hay compañía femenina, lo siento. Solo mi consciencia, que es una dama exigente y muy difícil de complacer.

El duque bufó.

—Eres el prometido más inútil que he tenido el disgusto de observar. Solo una visita formal a la hija de Wexley. Ni una aparición en sociedad con la dama. ¡Ni siquiera una declaración pública de afecto! ¿Quieres que ella huya antes de llegar al altar? La única mujer que me interesa que seduzcas y tú… —No terminó la frase.

Lord Blackridge no se sorprendió por el hecho de que su padre estuviese al tanto de sus encuentros… públicos con su prometida, ya puestos, la falta de ellos. Se hubiese decepcionado si el duque no lo espiase.

—Oh, vamos… No seas tan trágico, déjale eso al maestro Shakespeare. Estoy ahorrando todas mis… virtudes para la noche de bodas. La dejaré tan impresionada, que suplicará que le haga un segundo hijo antes de que ya le haya puesto el primero en el vientre —dijo Silas.

—¡Idiota! —exclamó el duque, enrojeciendo ligeramente—. ¿Quieres que la mujer te deteste antes de siquiera probar tu cama? ¿Pretendes que ella se entregue a ti como si fueras un héroe romántico cuando no te has molestado ni en cortejarla como un caballero? No es una mujerzuela como las que acostumbras a embaucar.

Silas se incorporó lentamente, la copa aún en la mano, los ojos brillando con una satisfacción apenas contenida.

—¿Y si te dijera que no necesito cortejarla? ¿Y si te dijera que… ya la he dejado con las mejillas sonrosadas, la respiración agitada y los muslos temblorosos? Claro que no te lo creerías, porque tú sigues creyendo que el cortejo empieza con flores y acaba con hijos legítimos.

El duque entrecerró los ojos.

—¿Qué demonios estás insinuando?

—Nada —replicó Silas con su mejor sonrisa—. Que tal vez sepas menos de lo que crees, y yo más de lo que aparento.

El duque, refunfuñando, se giró hacia la puerta.

—No tienes remedio. Pero más te vale hacerla tuya pronto. No quiero escándalos a menos que me traigan un nieto legítimo incluso antes de tiempo. No quiero desplantes. Y, por todos los santos, no quiero descubrir que has arruinado este compromiso por tu arrogancia e incompetencia. La boda será pronto. En menos de una semana. Haz que

ella te quiera en el lecho y usa todas esas armas que un libertino como tú ha aprendido en solo Dios sabe dónde.

—Descuida —dijo Silas, con una reverencia burlona—. Tengo la intención de convertirme en el prometido más atento de todo Londres. Tal vez incluso la seduzca esta misma tarde y engendre a tu nieto. Lo haré… en cuanto acabe este brandy, claro.

—Estás condenado al infierno —gruñó el duque, para después marcharse dando un sonoro portazo.

Silas se quedó solo. Sonrió hacia la puerta cerrada, alzó su copa en un brindis silencioso y murmuró:

—Muy bien, lady Eleanor. Ha llegado la hora de ser cortejada. El sermón del duque me ha servido para algo…

Y esta vez, iba a hacerlo con arte. Porque seducirla bajo una máscara había sido delicioso. Y fácil. Pero seducirla a la luz del día, con todas las reglas y peligros del juego… eso sería aún mejor.

Capítulo 8

Hyde Park estaba lleno de familias paseando, caballeros a caballo, niños persiguiendo perros y damas luciendo sus nuevos sombreros. El sol filtraba su luz cálida entre las ramas de los árboles, y las avenidas estaban llenas de rumores, risas y saludos.

Lord Blackridge y lady Eleanor paseaban del brazo, habían dejado el faetón en uno de los accesos más concurridos. Iban uno junto al otro en esos momentos, entre sombras agradables y bancos de hierro forjado.

—Debe ser difícil —comentó él de pronto —. Ser siempre tan correcta. Tan… comedida, aunque tenía entendido que era usted más audaz. —Oh, sí. Él quería hacerla saltar, le gustaba molestarla.

Ella lo miró de reojo.

—¿Empieza usted con la compasión o con el sarcasmo?

—Con la observación. Tengo entendido que tiene demasiados enemigos para ser una mujer que jamás ha cometido una falta pública. Aunque, por otro lado, no sería la primera dama en ser de un modo de cara a la galería y de otra en la intimidad.

Eleanor se detuvo un instante.

—A veces basta con pensar diferente para convertirse en un escándalo andante. Ese es mi pecado. Si nos casamos…

—Vamos a casarnos, lady Eleanor —lo cortó.

—Sí, eso. Cuando nos casemos, tendrá que soportar mi atrevimiento durante un tiempo. ¿Será un inconveniente, milord?

—No lo creo. Hablemos mejor de cosas, serias. Siento mucha curiosidad por mi flamante prometida. ¿Alguna vez ha deseado ser un poco más… incorrecta?

La dama frunció el ceño. Iba a responderle con naturalidad, sin esconderse, así que le dijo:

—Más veces de las que puedo contar —respondió—. Pero usted ya sabe eso, ¿no es así?

Silas giró la cabeza, fingiendo inocencia.

—¿Por qué lo dice?

—No lo sé. Solo siento que… algo en usted no es del todo ajeno. Es como si me conociera mejor de lo que me gustaría. Ah, no. No es eso. Es porque me ha estado investigando. ¡Qué descuido el mío! —exclamó con sorna.

—No, no. Ha estado usted acertada. Yo la conozco mucho mejor de lo que cree —dijo con arrogancia, para luego cambiar su registro y añadir—: Quizá es porque escucho más de lo que hablo —dijo él, fingiendo humildad.

Eleanor se rio.

—Eso no se lo cree ni usted.

—Touché —admitió, y en ese instante, ella tropezó con una raíz ligeramente levantada en el

camino.

Silas la sostuvo con firmeza, ambas manos sujetándola por la cintura. El cuerpo de ella se tensó contra el suyo, y por un momento, solo hubo silencio. Los rostros muy cerca. Los labios… a un aliento de distancia.

Silas no se movió. Tampoco ella.

Pero fue Eleanor quien primero se acobardó y dio un paso atrás, recomponiendo su falda con las manos ligeramente temblorosas.

—Gracias por evitar que la tierra me trague viva.

—Sería una pérdida terrible para mí— respondió él con una sonrisa, aunque por dentro, ardía. Ella le había mirado los labios con hambre, y por un instante pensó que identificaría su boca, esa que había mamado de su feminidad.

Continuaron caminando. Eleanor sin decir palabra, Silas con el pulso acelerado. Sabía que no podía forzar nada. No, si quería que ella se entregase… no al misterio, sino a él.

Cuando llegaron a un claro desde el que se divisaba el lago, se detuvieron. Había patos en el agua, y un par de niños lanzando pan desde la orilla.

Eleanor respiró hondo. Era muy consciente de que ese pícaro desalmado se traía algo entre manos. ¿Y si jugaba a espantarlo? No conocía a un hombre de carácter disoluto del que no dijeran que huía cuando escuchaba hablar de amor.

—Si esperaba que me enamorara de usted por traerme a pasear entre madres, perros y gansos… tendrá que esforzarse más, milord.

—¿Y si le dijera que no quiero que se enamore?

Ella lo miró con interés, desafiándolo. Vaya, había esperado que saliese corriendo, pero lo veía… Él se apreciaba tan seguro de sí mismo… Y luego estaba eso otro. La miraba como si Eleanor le perteneciera en cuerpo y alma. Era por la forma de observarla, por el modo en el que la mantenía pegada a su cuerpo mientras caminaban. Ese hombre no parecía ser el mismo que la visitó días atrás y le propuso un acuerdo frío y calculador. En verdad lo percibía como si él estuviese interesado en ella, en conocerla. ¡Bah, menuda tontería!, seguro que eran imaginaciones de Eleanor.

—¿No?

—No. Solo quiero que empiece a mirarme sin tanto prejuicio. Lo demás… lo demás vendrá solo.

Ella se quedó pensativa.

—¿Lo demás?

—Lo demás, sí —respondió con su habitual encanto.

—¿A qué se refiere? Tenemos un acuerdo que nos beneficia a ambos. No hay nada más.

—Ah, mi estimada prometida, tal vez sea yo quien acabe a sus pies y le pida un cambio en nuestro arreglo. ¿No lo ha pensado?

Ella comenzó a reírse con franqueza. Lo vio serio, con una ceja levantada y se calló de inmediato.

—¿No era una broma?

—Por lo visto sí.

Ella suspiró. ¿Era ese paseo un intento para cortejarla? No entendía a ese hombre que había cambiado su expresión arrogante por otra de consternación.

Caminaron un poco más sin decir nada. El lago resplandecía con los destellos del sol que seguían filtrándose entre los árboles. Una ligera brisa agitaba la superficie, y el aire olía a pasto húmedo, a tierra mojada y a pan recién horneado que alguien compartía con los patos. A lo lejos, una campana sonaba, anunciando la hora en alguna iglesia cercana. Pero en ese rincón del parque, el tiempo pareció detenerse.

Eleanor y Silas se habían detenido junto a un banco apartado, lo bastante lejos del sendero como para que su conversación quedase a salvo de oídos curiosos. Él se quitó los guantes con un gesto lento y se sentó primero, sin su arrogancia habitual, sin su media sonrisa de libertino empedernido. Solo era un hombre cansado. Ella lo notó.

—¿Le pesa el título, milord? —preguntó con fingida ligereza mientras permanecía de pie frente a él. Lo veía muy extraño. Tampoco era como si lo conociese mucho, pero no resultaba un hombre… no lo veía malvado como lo eran los

disolutos, más bien parecía estar hastiado, pero de ¿qué?

—Hoy, un poco más que de costumbre —respondió él, mirando al lago sin verla.

Ella dudó un instante, luego se sentó a su lado. No demasiado cerca, pero lo bastante para que sus hombros casi se rozaran.

—¿Quiere hablar de algo en particular? Puedo ser buena escuchando y usted parece necesitar que alguien le escuche.

Silas asintió con la cabeza.

—Conozco a su padre, Wexley tiene fama de ser duro.

—Ni se lo imagina…

—Oh, sí, haber crecido bajo la sombra de un padre duro que además es un duque…

Eleanor lo observó de perfil. El rostro de Silas era sereno, casi imperturbable, pero sus ojos… sus ojos estaban sombríos. Era como si la máscara que siempre llevaba se hubiese agrietado sin remedio.

—Háblame entonces —dijo ella en voz baja—. No como un prometido condescendiente. Háblame como… como un hombre le hablaría a una amiga.

Silas la miró de reojo. Algo en su voz lo desarmó. No había sarcasmo. Solo sinceridad.

—Está bien. —Suspiró, echó el cuerpo hacia atrás y apoyó un brazo sobre el respaldo del banco—. Mi madre murió al darme a luz. Mi padre nunca me perdonó por ello. Así que desde que llegué a este mundo fui acusado de asesinato y sigo pagando la pena, sospecho que deberé hacerlo hasta el fin de mis días.

Eleanor bajó la mirada. No había esperado una confesión tan cruda.

—No lo sabía.

—Nadie lo dice en voz alta. Pero él se encargó de hacérmelo entender cada día. Con el silencio, con el juicio constante, con las expectativas imposibles. Ser el hijo que mató a la esposa perfecta… no es algo que uno supere fácilmente.

—¿Y usted lo intentó?

Silas asintió.

—Durante años. Fui a Eton, como él quería. Aprendí a montar como él, a hablar como él. Me convertí en un reflejo de lo que creía que deseaba, pero nunca fue suficiente. Así que… me cansé de intentarlo.

—Y se convirtió en el sinvergüenza encantador que Londres no puede dejar de mencionar —concluyó ella, sin burla, solo constatando un hecho.

Él sonrió apenas.

—Exactamente. Si no podía ser su orgullo, sería su vergüenza. Al menos eso me devolvía algo de control.

Eleanor se quedó en silencio. Luego, dijo:

—Mi padre tampoco me ha perdonado. Aunque yo no sé muy bien por qué. Mi madre murió cuando yo era pequeña, se amaron con locura, me los ha dicho mucha gente, sin embargo, el hombre que yo conozco no es tierno ni dulce. Tal vez está enfadado porque no soy un hombre y mi madre se marchó y no pudo darle un heredero.

Silas la miró. Sus cejas se alzaron con suavidad.

—Lo siento —dijo él.

—Tampoco soy lo que esperaba. Porque me río demasiado fuerte, porque opino cuando no se espera que lo haga, porque leo cosas que no debería y me niego a parecer una muñeca bien vestida.

—¿Y está segura de que no lo es? ¿Una buena hija? ¿La dama perfecta? —preguntó él, con la voz teñida de algo más profundo.

—No. Ojalá pudiera serlo. A veces creo que me sería más fácil. Pero siempre he tenido esta… esta cosa dentro, esta furia callada que no encaja en los salones. No soy dócil. No nací para bajar la cabeza.

Silas la observó con atención. Su perfil era como tallado en ámbar: firme, sereno y a punto de romperse.

—Me gusta esa furia —confesó en voz baja—. Es real. Londres está lleno de sombras con vestidos caros y sonrisas vacías. Pero usted… usted está viva.

Eleanor giró el rostro hacia él, sorprendida por la ternura con la que lo dijo.

—¿Por qué me adula? ¿Por qué siento que trata de buscar mi favor?

Él suspiró con fuerza. La miró a los ojos.

—Porque estoy cansado de las mentiras. Y porque creo que, si vamos a casarnos, al menos deberíamos saber qué nos duele. Cuáles son nuestras ruinas.

—¿Y si no quiero que las vea? —replicó ella.

—Demasiado tarde —respondió él, encogiéndose de hombros—. Ya las estoy viendo. Y no me parecen menos hermosas por eso. Creo que usted me comprenderá más que cualquier otra mujer.

Eleanor bajó la vista. Sus dedos jugaron con un pliegue de su falda, y su voz se volvió un susurro:

—Me duele sentir que no soy suficiente para nadie. Que siempre soy demasiado… o no lo bastante. Nunca lo justo.

Silas alargó una mano y, con extremo cuidado, la colocó sobre la suya. No la apretó. Solo la dejó reposar allí, como si ofreciera calor sin reclamarlo. El conde de Blackridge comprendió entonces que acababa de encontrar a su alma gemela, a la mujer que podría salvarlo.

—Para mí, usted no es ni demasiado ni poco. Es exactamente lo que no sabía que necesitaba y… necesito.

Eleanor levantó los ojos, lentamente. Los suyos brillaban, no de lágrimas, sino de desconcierto.

—No diga cosas como esa —murmuró—. No juegue así conmigo.

—No estoy jugando —respondió él, con una franqueza desacostumbrada—. Por primera vez, creo que no quiero jugar.

El silencio volvió. No era incómodo. Era denso. Lleno de cosas que ninguno de los dos sabía cómo nombrar todavía.

Entonces Eleanor apartó la mano, suavemente. Se puso en pie.

—Es tarde. Debería volver a casa. —Su interior era un hervidero. ¿Quién era este nuevo caballero que tenía la osadía de hacerle promesas sin pronunciar ni una sola?

Silas asintió. Se levantó también.

—Regresemos hasta el carruaje.

—Gracias —dijo ella—. Por no ser el hombre que pensé que era. Al menos no hoy.

—No se acostumbre —replicó él, con una sonrisa melancólica—. Soy extremadamente muy bueno en el arte de decepcionar.

Ella no dijo nada. Silas le ofreció el brazo. Y la dama lo aceptó.

Y juntos, caminando de regreso por el sendero arbolado, parecían menos enemigos. Más… cómplices.

Silas estaba rebosante de felicidad, porque el paso que acababa de dar con ella era gigantesco.

Por su parte, Eleanor no quería sentirse tan atrapada. No había dejado de pensar en el

enmascarado que la desarmó la noche anterior, pero lord Blackridge le acababa de mostrar una parte de su alma que… Había compartido con ella un gran secreto.

¡Estaba hecha un lío!

El trayecto de regreso hacia el carruaje transcurría en un silencio peculiar. No incómodo, sino… tenso, como si las palabras estuviesen aguardando una excusa para salir. Eleanor caminaba con la espalda recta y la expresión serena, pero Silas sabía leer los pequeños signos: el leve movimiento de su mano enguantada, el modo en que la barbilla se alzaba con medio grado más de lo necesario. Estaba evaluando su sincera charla.

Ya estaban cerca del faetón, cuando una figura conocida apareció junto a la verja de hierro forjado del parque. El conde la vio antes de que la otra mujer los viera.

—Maldición… —murmuró Silas, deteniéndose en seco.

—¿Ocurre algo, milord?

—Nada de gravedad —respondió, forzando una sonrisa que no llegó a los ojos—.

Simplemente… es alguien a quien no esperaba encontrarme.

La mujer se aproximaba con paso elegante y rostro inquisitivo, burlón más bien. Su capa azul contrastaba con el cabello oscuro recogido con esmero. Su porte era digno del escenario: expresivo, pulido, un poco teatral. Se trataba de Celeste Duval, la cantante de ópera más aclamada de Covent Garden. Y, en efecto, su supuesta amante.

—Silas Langdon, conde de Blackridge —dijo Celeste al llegar hasta ellos, con una sonrisa ladeada—. No sabía que se había aficionado a los paseos matinales tan… familiares.

Él sabía que su contraparte se estaba burlando porque debía parecer un colegial enamorado. La muy ladina no había podido seguir su camino. No, ella lo había ido a buscar para regodearse de su desgracias Se había prendado de Eleanor sin darse cuenta y Celeste estaba frente a él para forzarlo a reconocer ese hecho.

—Señorita Duval… —Silas se llevó un dedo al cuello como si el pañuelo de la corbata lo estuviera estrangulando—. Permítame presentarle a mi preciosa prometida lady Eleanor Stanhope. —Eleanor inclinó levemente la cabeza, la sonrisa en sus

labios era impecable, pura cortesía revestida de acero —. Y esta es mi… mi… —¡No podía decirle que era su compañera en una misión secreta!

Eleanor no perdió los estribos. Sonrió más gratamente y luego dijo:

—Por supuesto. Es un placer. Usted debe de ser la extraordinaria soprano de Covent Garden. He tenido el privilegio de asistir a una de sus representaciones hace unos meses. Su *Lucía* fue… inolvidable.

Celeste arqueó una ceja, claramente sorprendida. Luego su expresión se suavizó con una pizca de admiración.

—Lady Eleanor, tiene usted el talento de la diplomacia.

—¿Usted cree?

—Decididamente.

—Sí, bueno, me pareció oportuno actuar de esa forma tan natural. A fin de cuentas, en los libros que educan a las señoritas no viene ningún capítulo dedicado a cómo comportarse cuando a una dama le presentan a la amante de su prometido.

Celeste afirmó un par de veces con la cabeza. Esa mujer que escondía apenas su furia era precisamente lo que necesitaba su contraparte.

—No debería creerse todos los rumores que circulan por la ciudad, milady.

—¿Usted cree? —repitió.

—Soy una mujer posesiva, con fortuna y un aspecto envidiable, ¿considera que yo permitiría que un hombre que cada noche me hace el amor se casase con otra mujer?

—¿Es una amenaza? —inquirió sorprendida Eleanor.

—En absoluto, solo trato de decirle que…

—Celeste —la interrumpió Silas, dándose cuenta de que la había tratado con demasiada familiaridad—. Es suficiente, mi prometida…

—Oh, no se preocupe, milord —interrumpió Eleanor, sin mirarlo—. Es una situación de lo más moderna. Estoy segura de que en cuestión de semanas, la buena sociedad londinense organizará desayunos para formalizar este tipo de encuentros. Ha sido un honor, señorita Duval. —A continuación se

soltó del brazo de Silas. Eleanor avistó una figura conocida a lo lejos—: ¡Prudence! —exclamó de pronto, alzando la mano y sin dar tiempo a que nadie respondiera.

Así, como una ráfaga elegante y decidida, se marchó hacia la duquesa de Rutland, dejándolos a ambos atrás.

Celeste observó a Silas con un gesto entre divertido y severo.

—Está enamorada de ti —dijo con naturalidad.

Silas la miró con rabia.

—No diga tonterías. Me has hecho retroceder todo lo que creí haber avanzado durante la mañana.

—Vamos, amigo mío. Ella estaba descompuesta y celosa. Te advertí de que no era como las demás.

—Ni siquiera me soporta. Llegamos a un acuerdo de no interferencia. Dos hijos y luego libertad. Todo muy civilizado.

—¿Y por eso estás sudando como un colegial pillado en la bodega del vino?

Silas resopló.

—Lo has estropeado todo para nutrir tu orgullo. Predijiste que acabaría enamorado de ella y has tenido que…

—¿Estás enamorado de ella? —lo interrumpió.

—Por supuesto que no. ¡Qué tonterías dices, mujer!

—Acabas de decir…

—No he dicho nada.

—Comprendo.

—No, no lo entiendes.

—Veo que estás de mal humor. Seguiré mi camino, yo ya he comprobado que tenía razón cuando…

—Eres una bruja —la volvió a interrumpir.

—Oh, claro que sí. He sobrevivido a óperas más trágicas que tú. Hace años que dejé de considerarme una princesa de cuento de hadas. No obstante, tienes el consuelo de saber que depende de ti, porque tú decidirás si esta historia termina con un aria o con una ovación.

Y se alejó, dejándolo junto al carruaje, con la conciencia de sus propias emociones todavía colgando en algún lugar entre el deseo, la culpa y una creciente y estúpida fascinación por una mujer que no se dejaba hechizar por él.

Silas se pasó una mano por el rostro. Eleanor lo estaba desarmando. Y lo peor de todo era que, por primera vez en años, no tenía ni idea de cómo protegerse.

Lo más importante por el momento sería arreglar el estropicio que acababa de hacer Celeste.

¡Malditas fuesen todas las mujeres orgullosas!

Capítulo 9

La tarde caía sobre Mayfair con la pesadez de un telón al final de un acto. El cielo estaba encapotado, como si incluso Londres se negara a concederle algo de belleza a aquel día. En el salón privado de la residencia Rutland, las flores en los jarrones olían demasiado dulces, el té estaba demasiado frío y los cojines demasiado mullidos. Eleanor no soportaba tanto adorno. Estaba de muy malhumor.

Prudence y ella se habían dirigido de Hyde Park a casa de los duques después de que todo saltase por los aires. Los celos que sintió Eleanor cuando se topó con esa mujer… ¿Por qué se sentía así con un hombre que le importaba menos que un par de desgastados escarpines de baile?

—¿Cómo lo soportabas? —preguntó, de pie frente a la chimenea que no estaba encendida—. ¿Cómo lograbas dormir sabiendo que ese hombre, tu esposo, antes de enamorarse de ti, antes de ser… decente, tenía amantes? ¿Cómo no te volviste loca? —La historia de Prudence era curiosa. De hecho, Rutland correteaba por Londres con una viuda que deseaba meterse en su cama, y de ahí que la duquesa tomase la situación en sus manos y lo trajese al redil.

Prudence, sentada en el diván con una taza entre las manos, levantó la mirada sin prisa. La maternidad le había conferido una especie de serenidad imperturbable.

—Porque no me amaba entonces. Y yo tampoco lo amaba. Las cosas eran distintas —dijo con suavidad—. Además, Benjamin nunca fue sutil. Era un hombre herido y obstinado, no un seductor consumado como tu conde.

Eleanor emitió un bufido seco. Caminaba de un lado a otro como una prisionera sin celda, solo con barrotes de orgullo.

—Lo odio. Odio su sonrisa encantadora, su aplomo, su voz ronca cuando habla como si

estuviera revelando los secretos del universo. ¡Y lo odio más porque no puedo dejar de pensar en él!

—¿Sigues hablando de lord Blackridge, amiga mía?

—¡No! —exclamó, girándose con los ojos encendidos—. ¡No! No ese… no él. El otro. El que me besó. El que me adoró como si fuera arte sagrado. El hombre del antifaz.

Prudence dejó la taza en la mesita.

—Eleanor…

—No me mires así. Sé lo que estás pensando. Sé que no es más que una fantasía, un capricho vestido de misterio. Pero tú no estabas allí. Tú no lo sentiste. Él me vio. Me tocó como si ya me conociera. Como si no necesitara ni saber su nombre para saber que era real.

Prudence se levantó. Caminó hacia su amiga, sostuvo sus manos entre las suyas.

—¿Estás enamorada de un desconocido? —Se centró en lo importante, porque aunque su estimada mejor amiga no le contó cómo fue exactamente aquella noche, ni lo que hizo con aquel

truhan anónimo, ambas habían pasado por demasiado como para comenzar a censurarse.

—Estoy enamorada del único momento en mi vida en el que me sentí deseada sin condiciones, sin presión, sin juicio. Y ahora… ahora tengo que casarme con un hombre que me ha presentado a su amante en medio de Hyde Park mientras yo sonreía como una tonta. ¡Es humillante, Prudence!

La duquesa de Rutland suspiró. Y con un tono paciente pero firme le dijo:

—Por lo que me has contado que sucedió en el parque, la señorita Duval no te estaba amenazando cuando te dijo que era posesiva y que…

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué cuando nos la cruzamos pareció tan… incómodo? Como si no supiera cómo calificar su relación. Porque si hubiera sido su prima me habría dicho: «esta es mi prima Celeste». No lo hizo. ¡La llamó por su nombre de pila delante de mí! Lo he pensado mejor, también odio a lord Blackridge.

—Puede que sea alguien importante en su vida. Puede que no sea lo que imaginas. Yo creo que en verdad podría ser que…

—¿Y qué más dará? —Eleanor se soltó, alejándose hacia la ventana—. Me casaré con él en menos de una semana, ¿y qué tengo? ¿Un contrato frío y dos hijos agendados como si fuesen ganado?

—Eleanor…

Hubo un silencio tenso, porque Prudence no tenía la menor idea de cómo consolarla.

—No puedo hacerlo —susurró la hija del conde de Wexley, llevándose una mano a la garganta como si le faltara el aire—. No así. No si tengo la más mínima esperanza de poder ser feliz con… —se calló.

—¿El hombre del antifaz?

—Sí. Puede que no sea nada. Puede que se haya reído de mí. Que fuera un crápula más. Pero si existe la posibilidad, aunque sea diminuta, de que él pueda ofrecerme… algo más… Yo… Yo tengo que volver al club —decretó.

Prudence parpadeó.

—¿Esta noche?

—Sí.

El silencio se hizo. Eleanor rezó para que su amiga no la frenase.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció la duquesa y Eleanor respiró con tranquilidad.

—Por favor. Si voy sola me arrepentiré al cruzar la puerta. Tú me das fuerza, Prudence. Tú y tu capacidad para mirar el mundo como si pudieras doblegarlo a tu antojo.

Prudence sonrió. Se acercó y la abrazó con firmeza.

—Eso lo dices porque puse de rodillas a Rutland.

—¡Claro que sí! —le dio la razón.

—¿Y si él no está allí? Tú misma me has dicho que no se ha puesto en contigo esta mañana.

—Es cierto que había esperado una nota, un indicio de… —Suspiró—. Si él no está daré la aventura por concluida y me centraré en el deber como una buena hija. Aceptaré a un hombre que jamás me amará, que me humillará con tropecientas amantes y que… ¡Oh, Dios, Prudence! He tratado de

fingir que no me importará ser una esposa resignada, pero ¿y si no puedo hacerlo?

Prudence asintió.

—Entonces vamos a preparar nuestras máscaras.

Se miraron un instante. Luego, entre nervios y complicidad, comenzaron a tramar cómo volver a cruzar las puertas del Club du Corbeau. El lugar donde todo había comenzado. Y donde, quizás, el destino aún aguardaba… con antifaz.

Lo malo de todo aquello fue que el niño se puso un poco enfermo a última hora y Eleanor tuvo que ir sola al club aquella noche, pues aunque su mejor amiga le dijo que esperara, ella no pudo hacerlo.

****

El ambiente en el Corbeau seguía oliendo a perfume y humo de cigarro puro. Las luces tenues de los quinqués pintaban sombras móviles en

las paredes tapizadas, y el murmullo del juego, la música y las apuestas clandestinas lo envolvían todo como una sinfonía decadente.

Silas Langdon, conde de Blackridge y espía a del Ministerio del Interior, estaba situado en una de las balconadas del piso superior del club, disfrazado como tantos otros. Llevaba un traje oscuro y su habitual máscara de terciopelo negro. Su postura era relajada y esbozaba esa sonrisa con la que sería capaz de disimular un asesinato.

A su lado, Celeste Duval —cantante de ópera, embaucadora y colega en asuntos poco legales— observaba la sala con una copa en la mano y el ceño fruncido.

—¿Estás seguro de que es él? —preguntó, apenas moviendo los labios.

Ambos estaban en el club siguiéndole la pista a un villano del que se sospechaba que vendía secretos a los franceses.

—Tan seguro como de que no has bebido suficiente como para que te resulte tolerable mi compañía —respondió Silas, ajustando su máscara.

—Eso nunca —dijo ella, girando la copa con un movimiento lánguido—. Pero sí. Allí está. El tipo de rostro que solo una madre revolucionaria podría amar.

El objetivo estaba justo abajo, entre dos sillones, fumando y hablando demasiado con un caballero francés del que sospechaban que tenía más conexiones con los bonapartistas que con la pesca del bacalao. El susodicho llevaba un anillo con el emblema de una serpiente enroscada. Marca de traidores, según los datos que manejaban Celeste y Silas.

—Si logramos interceptar esa lista antes de que salga del club, el Ministerio nos ofrecerá más que su gratitud. Tal vez incluso un nuevo par de botas —ironizó Celeste, sin quitarle el ojo al objetivo.

Silas sonrió.

—Lo que yo quiero es evitar que Londres arda esta primavera. Y si de paso te consigo unas botas nuevas, me aseguraré de que sean italianas.

Ella se rio suavemente, pero luego frunció el ceño con más fuerza al ver a su contraparte observando un punto muy concreto, así que dio por supuesto que se estaba fijando en una dama.

—¿Qué haces, Blackridge? ¡No te distraigas ahora! —lo llamó al orden.

Silas no la escuchaba. Un destello entre la multitud había captado su atención. Algo más amenazante que un traidor francés.

Un antifaz.

Negro. De Satén. Inconfundible.

Su antifaz.

Pero no en su rostro.

En el de una mujer que…

Una dama alta, esbelta, de movimientos elegantes y altivos. De cabello oscuro recogido con sobria maestría y con un cuello tan erguido que era reconocible como su propio reflejo.

Se trataba de lady Eleanor Stanhope. Y acababa de entrar al Club du Corbeau.

—Oh, por todos los diablos del infierno… —murmuró Silas, al tiempo que se giraba bruscamente.

—¿Qué? —Celeste lo sujetó del brazo—. ¿Qué ocurre?

—No puede ser… No. No. No. ¡No puede ser ella!

Celeste se enderezó, inquieta.

—¿Quién?

Silas señaló con la barbilla hacia el otro lado de la sala.

—La mujer que está bajando la escalera. Antifaz negro. Capa gris perla. La más encantadoramente fuera de lugar en todo este antro de pecadores.

Celeste siguió su mirada, entrecerró los ojos.

—¿Es tu prometida? —graznó la cantante.

—Sí —gruñó él, soltándose el pañuelo del cuello de la camisa como si se estuviera asfixiando—. ¡Y lleva mi máscara!

—¿Tu máscara?

—Es una larga historia. ¿¡Qué hace aquí!?

—¿Dime que no la has invitado, tonto?

—¿Yo? ¡No! Bueno… Tal vez. No exactamente. —Silas se pasó la mano por el rostro, desesperado—. Le envié hace poco una nota como un juego. Un intento para ver si venía a buscar al hombre que la besó como los ángeles… pero no pensé que tendría el coraje de regresar de nuevo —dijo más para sí mismo que para su compañera de misión.

—¿Y te molesta que haya tenido el valor de venir a por ti?

—¿A por mí?

—Claro que estará aquí debido a ti. ¿Te molesta que esté o no?

—¡Me aterra! —resopló él—. Estoy intentando evitar un atentado contra la Corona, no tener un encuentro con la única mujer que me hace sentir como si me hubiese tragado una libra de pólvora negra. Y encima viene vestida como una fantasía a la que no debo tocar hasta que Dios dé su consentimiento.

Celeste lo miró con una mezcla de fastidio y afecto.

—Muy bien, caballero explosivo. ¿Qué quieres hacer?

—Voy a bajar a interceptarla antes de que se cruce con algún idiota con las manos largas.

—¿Y el traidor?

Silas se quedó callado un segundo, mirando al tipo del anillo y luego a Eleanor, que acababa de acercarse a un pequeño grupo de bobos con aire indeciso, como si estuviese buscando a alguien que no quería encontrar.

—Ocúpate tú. Él no se irá sin terminar su copa. Y si lo hace, síguelo. Si ves que se mueve hacia la salida trasera, haz lo de siempre. Yo regresaré… lo antes posible.

Celeste levantó una ceja con sorna.

—¿Lo de siempre significa apuntarle con la pistola al sombrero o con el escote?

—Con ambas cosas, si lo ves necesario. Pero por favor —añadió mientras comenzaba a

alejarse—, que él no la vea o me reconozca, no quiero ponerla en peligro. Y no digas ni una palabra sobre mí. Ni un chiste sobre mi embelesamiento. Nada.

Y con eso, Silas bajó por la escalera de mármol con paso decidido, aunque su estómago fuera un revoltijo de nervios, remordimientos y una inquietud muy parecida a la que precedía a una batalla.

Apretó los dientes.

¿Qué demonios hacía ella allí?

¿Acaso no entendía que era peligroso ir a un lugar así sin los duques de Rutland? La primera vez tuvo el buen tino de buscar refuerzos, pero en esa ocasión… ¡se había atrevido a meterse en la boca del lobo ella sola! Ay, si él pudiese hincarle un poco el diente… Después de esa misión dejaría su trabajo para el Ministerio. A Silas le daba en la nariz que tendría mucho trabajo *salvando* a su díscola prometida casi a diario.

La encontró de espaldas, sentada en un diván, contemplando a los músicos del fondo con expresión de quien no estaba escuchando nada. El antifaz le cubría los ojos, pero no necesitaba ver más.

Era ella. Eleanor. Misteriosa. Decidida. Haciéndolo arder como solo ella podía hacerlo sin abrir la boca.

Silas inspiró hondo, cuadró los hombros y se preparó para arruinar todo lo que había construido… otra vez.

El conde se acercó con paso lento, la máscara sobre el rostro. El ambiente parecía contener la respiración, y aunque la sala estaba llena de murmullos y humo, él solo veía una cosa: a ella. Eleanor, sentada con las manos entrelazadas sobre el regazo, lucía más serena de lo que se sentía. Él lo sabía. La conocía. Demasiado.

—Nos volvemos a encontrar, amor —dijo con voz modulada, la que había usado para enmascararse y seducirla.

Eleanor levantó la vista. Por un instante, sus labios temblaron. Solo un segundo.

—Lo sabía —murmuró—. Sabía que volverías. No podías dejarme así como así. No después de lo que ocurrió entre nosotros.

Silas se sentó a su lado, sin tocarla, sin invadirla, porque sería peligrosísimo ponerle un solo dedo encima. Era como una llama y él la polilla.

—¿Has estado bien, preciosa?

—No —susurró—. Desde que ocurrió… eso, lo único que hago es pensar. En ti. En lo que sentí. En lo que fui capaz de permitir. —Se volvió hacia él. Sus ojos, cubiertos por el antifaz, aún brillaban con una mezcla de ternura y tormento—. ¿Y sabe qué es lo peor?

—Dímelo. —Escucharla era música para sus oídos.

—Que creo que te amo. Sin nombre. Sin apellido. Sin saber quién eres. Te amo como la necia que soy. —Tragó saliva, sus manos temblaban—. Y quieren que me case con un hombre al que desprecio. No puedo hacerlo. No puedo ser la esposa de alguien como lord Blackridge, sabiendo que en algún rincón del mundo existe un hombre como tú, que hace que mi corazón retumbe en mi pecho, que nubla mi sentido y… despierta mi pasión con tanta intensidad.

Silas tragó con dificultad. ¡Maldición! La cosa se le estaba yendo de las manos. ¡Su prometida se había enamorado de otro! Sí, sí. De acuerdo. Era él mismo, ¡pero ella no lo sabía!

—Eleanor…

—Vayámonos. Ahora. Ven conmigo. Huyamos a Escocia y casémonos frente a un herrero en Gretna Green. O vayamos a París. A donde sea. No me importa tu nombre ni tus secretos. No quiero saber si eres zapatero o heredero de una corona extranjera. Solo sé que, cuando me tocas, cuando me hablas… siento que pertenezco a algún sitio por fin… A ti. Soy tuya desde aquel beso en la biblioteca —le confesó con el corazón en la mano.

Silas cerró los ojos un instante. Le dolía. Le dolía en lo más hondo de su corazón, porque no podía llevársela. No aún. Porque en ese momento, justo en ese instante, Celeste estaba en peligro. Y porque él era el hombre al que ella despreciaba.

—No puede ser —dijo en voz baja—. No así.

—¿Por qué? ¿Estás casado? ¿Tienes otra amante?

—No. Nada de eso.

—¿Entonces por qué?

Él respiró hondo. Supo que había llegado el momento. No podía ocultarlo más. No podía seguir

besándola en la sombra mientras otro hombre la esperaba en la luz del altar, aunque fuese él mismo.

Así que, sin más palabras, se quitó la máscara.

Eleanor se quedó helada. Lo miró. Lo miró largo rato. El mundo, el humo, la música, el club… todo se difuminó a su alrededor.

—No… —susurró—. No, no, no. ¡No puede ser usted! —Cambió a la formalidad en su trato sin darse cuenta de que lo hacía.

—Soy yo, amor. Siempre he sido yo.

Eleanor no pudo contener su ira.

—¡Maldito sea, Blackridge!

—Eleanor, déjeme que le explique que…

Ella se puso de pie con una furia casi física.

—¡Ha jugado conmigo! ¡Me ha manipulado! ¡Me ha tocado tras una máscara mientras se burlaba de mí cobijado bajo las sombras!

—No es así.

—¿No? ¿No es así? ¿Entonces cómo lo explica? ¿Cómo justifica cada beso, cada palabra, cada caricia… cuando sabía que iba a casarme con usted?

—Precisamente por eso —rugió él al fin, poniéndose de pie también—. Porque yo no quería que me aceptara como parte de un trato. Quería saber si podía… si podía desearme como soy. Al hombre. Solo a mí. Sin el peso de nuestros padres ni la obligación de un compromiso que ninguno de los dos aceptábamos.

—¡Y lo logró! —gritó ella, con los ojos ardiendo—. Me sedujo como a un canalla. Y ahora… ahora espera que yo lo perdone. ¿Para qué? ¿Para tenerme en su cama sin remordimientos?

Silas la agarró por el brazo, no con fuerza, pero con determinación.

—¡No! Para tenerte en mi vida sin mentiras —Él no pensaba tratarla con formalidad ya nunca más. No quería poner esa distancia entre ambos.

Un disparo sonó a lo lejos.

Ambos se quedaron quietos.

Silas frunció el ceño, la soltó con rapidez. Su voz volvió a la urgencia del espía que era.

—Debo irme. No puedo explicártelo todo ahora. Celeste está en peligro. El hombre que buscamos está aquí, esta noche. Si no lo atrapamos, podría costarle la vida a muchas personas. Pero tú debes marcharte ahora. Ya he arriesgado demasiado.

—¡No me dé órdenes!

—¡No me obligues a cargarte sobre mi hombro como una niña traviesa! —replicó él, encarándola.

Ambos se miraron con rabia, orgullo, deseo y decepción acumulada. Así que él hizo lo que tenía que hacer. Se pegó a ella, la besó con auténtica posesión. Eleanor no pudo negarse, su cuerpo respondió porque, maldito fuese él, lo amaba y la tenía subyugada a su toque. Luego la alzó en brazos. Fue entonces cuando comenzó a ir a paso rápido por un pasillo lateral hacia la salida.

—Mi carruaje te llevará a casa. No digas nada sobre lo que ha pasado aquí esta noche. A

nadie, Eleanor. Mañana… mañana intentaré arreglar esto.

—No podrás —lo desafió ella, cambiando al trato informal.

—¿Por qué?

—Porque lo único que has hecho ha sido divertirte a mi costa —susurró ella.

Silas la miró un segundo más, la bajó al suelo, la pegó a su torso y la volvió a besar. Luego se separaron y le dijo:

—Eres mía, Eleanor. Eso no puedes cambiarlo.

La obligó a meterse en el carruaje y la dejó sola allí dentro, con el rostro encendido, el cuerpo temblando… y el alma descompuesta.

Eleanor se abrazó a sí misma y deseó no haber participado nunca en aquel beso incendiario de la biblioteca.

Capítulo 10

El disparo que resonó minutos antes había desatado el caos. Silas corrió por el pasillo trasero del club, esquivando cortinas, sirvientes atónitos y el denso humo de los cigarros. La máscara ya no estaba; no tenía tiempo para disfraces. Era preciso llegar hasta Celeste.

La encontró en la sala de reuniones privadas, esa que el club reservaba para juegos más turbios que las cartas. Allí estaba ella, acorralada tras una mesa volcada, con el vestido desgarrado por la acción y una pistola de chispa en la mano. Frente a ella, el traidor: el supuesto comerciante francés que no era sino un agente bonapartista infiltrado, Louis Renaud, conocido por su astucia y por haber hecho desaparecer a dos informantes británicos en Marsella.

Silas no dudó. Al ver la escena, se lanzó al interior de la sala y gritó:

—¡Celeste, ni se te ocurra bajar el arma! —le ordenó

—¿Bajarla? ¡Está cargada con una sola bala! ¡Claro que no la bajaré! —replicó ella con sorna, encajada detrás de un mueble que ya mostraba dos agujeros de bala recientes.

—Entonces cuando dispares haz que cuente —dijo Silas sin quitarle la vista al traidor.

Louis Renaud se giró hacia él con una sonrisa burlona y un puñal en la mano.

—Oh, monsieur Langdon. Justo a tiempo para ver cómo se le escapa la soprano.

—¿Va a cantarnos algo, Renaud? ¿O prefiere que le corte la lengua yo mismo?

—Con gusto se la corto yo —añadió Celeste, quien tenía una puntería que había sido leyenda y confiaba en no fallar.

Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, Renaud lanzó una pequeña esfera negra al

centro de la estancia. Silas reconoció de inmediato el humo que comenzó a emanar: pólvora, azufre y alquitrán. Una bomba de humo rudimentaria, pero efectiva.

—¡Ahora! —gritó Silas, lanzándose hacia el humo.

Renaud trató de escapar por la puerta trasera, pero no contaba con que Celeste, con la agilidad de quien era capaz de huir entre bastidores muchas veces, se deslizara por un costado y le cortara el paso.

—C'est fini, traître —le susurró con acento impecable la espía, apuntándole al pecho.

Silas llegó en ese instante. Golpeó a Renaud en el brazo, la daga cayó. Lo cogió por el cuello de la chaqueta, lo empujó contra la pared y lo inmovilizó.

—¿Tiene idea de lo que ha podido poner en peligro? —le gruñó—. ¡No solo a la Corona, sino a la mujer que…! —Silas se detuvo.

Celeste lo miró. No necesitaba que completara la frase.

—Ya está hecho —dijo ella con calma.

Renaud escupió sangre y sonrió.

—No tan rápido.

—¿Qué ha hecho, maldito bastardo? —exigió Silas.

—¿Cree que soy solo uno? —rio el traidor—. Hay más… muchos más. El juego apenas acaba de comenzar.

Silas apretó los dientes, pero antes de que pudiera decir nada, Celeste lo golpeó con la culata de la pistola. Renaud se desplomó.

—Disculpa, me había cansado de escuchar tonterías.

Silas suspiró y la miró.

—Gracias.

—No lo hice por ti. Lo hice porque tu prometida merece que estés vivo para explicarle lo que ha ocurrido esta noche.

Silas se quedó en silencio. Luego, miró al cuerpo inconsciente.

—Tenemos que sacarlo de aquí antes de que los franceses sepan que lo tenemos.

—¿Y luego?

—Luego… me enfrentaré a algo más peligroso que un bonapartista armado. Me enfrentaré a Eleanor.

—Entonces te deseo suerte —replicó Celeste, entregándole un papel que logró sustraer minutos antes y que contenía varios nombres de otros implicados en la traición—. Porque esa mujer… no te perdonará con facilidad.

—Ella es mía.

—Buen comienzo, amigo mío.

—¿Celeste?

—¿Sí, querido?

—Esta ha sido mi última misión.

—Sí, lo he supuesto en cuanto la has visto y no has podido controlar los nervios.

—Me importa.

—No. Te estás enamorando de ella, si es que no lo estás ya. Eres consciente de que no podrás seguir haciendo lo que hacemos cuando la vida de ella es más importante para ti que la tuya propia.

Él afirmó con la cabeza.

—Te asignarán un nuevo compañero.

—Espero que sea más apuesto que tú… porque así podría sentirme tentada de dejarle entrar en mi cama.

Y con esa sencilla conversación, ambos comprendieron que sus caminos iban a separarse.

Antes de ir a su casa, Silas buscó a su superior para darle el papel con los nombres y explicarle que se retiraba.

Al día siguiente, el Ministerio destapó el escándalo en el periódico y él fue reconocido como un héroe por la Corona.

Ese fue su premio, su retiro definitivo.

***

Por otro lado, aquella misma noche del altercado, el carruaje de Silas se detuvo frente a la residencia de los Wexley con un chirrido contenido, discreto solo en apariencia. Eleanor bajó sin ayuda. Ni se molestó en despedirse del cochero. La capa ondeó tras ella como una bandera de guerra vencida, sujeta apenas por la furia que le sostenía el cuerpo.

No dijo ni una palabra al mayordomo. Subió las escaleras como una tempestad en silencio, dejando tras de sí un rastro de aire helado. No necesitaba compañía. Ni consuelo. Solo oscuridad. Y a su padre le traía sin cuidado de dónde vendría o lo que haría. Como siempre…

Cuando la puerta de su dormitorio se cerró con un golpe seco, Eleanor se apoyó contra ella con las manos temblorosas.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por el resplandor tenue de las cenizas

moribundas en la chimenea. Se arrancó el antifaz con brusquedad. La cinta se rompió, pero no le importó. El satén cayó al suelo como un símbolo de todo lo que había perdido.

Silas.

Su prometido. Su pícaro. Su amante enmascarado.

Su gran mentira.

Caminó hasta el tocador, y se miró en el espejo, era como si no reconociera su propio reflejo. Allí estaba ella, con el cabello despeinado, los ojos ardiendo, los labios hinchados por los besos rudos de un hombre que la había humillado hasta lo indecible. Lo peor era que no podía resistirse a su embrujo.

—¡Maldito seas, Blackridge! —murmuró con la voz rota, casi inaudible.

Sintió cómo la garganta se le cerraba, no por llanto, sino por rabia. Una ira que nacía no solo de la burla, sino de la desnudez de su alma, por haberle entregado su deseo. Su anhelo. Su fe. Sus esperanzas.

Él la había buscado. Cortejado entre sombras. Se había escudado en el misterio para seducirla. Para meterse bajo su piel, bajo su vestido, en su furioso y roto corazón. Le había hecho creer que era diferente. Que, por una vez, podía elegir.

Y ella… ¡ella había caído en la trampa!

Había soñado con él. Con sus palabras, con sus besos, con el calor reverente de su boca en lo más íntimo de su cuerpo. Se había sentido mujer, libre, adorada. Como nunca. Como jamás pensó que podía sentirse.

Y todo había sido un juego.

Un experimento cobarde de un hombre que no fue capaz de cortejarla a la luz del día, que necesitó esconderse tras una máscara para averiguar si ella podía desearlo. ¿Qué se podía esperar de un canalla?

—¡Cobarde! —espetó al vacío, sintiendo que las lágrimas le quemaban las mejillas.

Y, por si todo eso no fuese suficiente, allí estaba la otra mujer. En el club.

Celeste.

La amante.

La cómplice.

La testigo.

La humillación de Eleanor fue completa.

Recordó la belleza de la cantante que lo tenía también bajo su poder. Se imaginaba la forma en que Celeste lo tocaría, cómo se movería junto a él con familiaridad. ¿Le habría hecho lo mismo a la cantante? ¿La habría acariciado íntimamente con su lengua en el centro de su feminidad? ¡Por supuesto que sí!

Ambas eran tan diferentes…

Ella… ella era Eleanor Stanhope, molesta hija del conde de Wexley, prometida respetable, solterona declarada, mujer de carácter indomable, alguien que había estado allí, en el club esa noche, mendigando un poco de amor. Un amor imposible.

«No estoy hecha para esto», pensó con amargura. El juego la había superado.

Se acercó a la chimenea. De entre los pliegues de su capa sacó la nota que había guardado

con tanto esmero. La invitación. La cita. El comienzo de todo ese calvario.

La arrojó a las cenizas sin dudar.

El papel se encendió de inmediato. Y con él, ardió algo más: su inocencia. La esperanza que se había atrevido a sentir por un hombre que jamás debió tocar su alma.

—Me ha usado —susurró, y esta vez su voz se quebró—. Me ha usado como a un objeto. Me ha tenido sin atreverse a tenerme. Y después… después se quitó la máscara como si no hubiera destrozado nada.

Se dejó caer en el diván junto al fuego, con las manos cubriéndose el rostro. No lloró más. No le quedan ni lágrimas ni fuerzas. Estaba vacía.

Silas Langdon no era solo un libertino, era su verdugo.

Le había dado una noche de verdad para condenarla a una vida de mentira. Le había abierto el cielo solo para recordarle que no le pertenecía.

Y lo peor de todo… lo peor era que lo amaba.

Lo amaba con cada fibra de su cuerpo, aunque quisiera arrancárselo con las uñas. Lo amaba como se amaba lo que no se podía poseer. Como se adoraba al engaño pese a saber que era dañino.

—No quiero casarme contigo, pero si he de hacerlo… Dios te ayude —dijo al fin, con voz firme.

Se puso en pie. Enderezó los hombros. Podían haberla roto, pero aún no estaba vencida.

Iba a luchar. ¿Cómo? No tenía la menor idea, pero lo haría, y si no por amor, al menos por su propia dignidad.

Porque nadie, ni siquiera un hombre capaz de besarle el alma, iba a decidir por ella.

Y si Silas Langdon pensaba que podía jugar con fuego y salir ileso… entonces no conocía la verdadera ira de su futura condesa.

***

Mientras una mujer decidía cerrar su herida, un hombre comenzaba a sentir que se le abría el corazón en canal.

Silas Langdon había acudido cuatro veces a la residencia Wexley en las últimas cuarenta y ocho horas. Cuatro. Y en todas ellas, la respuesta había sido la misma: «lady Eleanor no recibe visitas hoy».

Ni una nota. Ni una excusa. Ni un mísero portazo. Solo el muro invisible de una dama que había decidido negar su existencia. La de Silas por supuesto. Eleanor no huía, no se escondía, simplemente lo ignoraba. Eso lo enloquecía más que cualquier insulto.

La hubiese preferido ante él, gritándole, incluso abofeteándolo, pero no. Ella no quería ni verlo. Aquello lo estaba volviendo loco y eso dolía como la muerte.

La última vez, había esperado más de media hora en el carruaje, contemplando la fachada de la casa como si pudiese romperla con la mirada. La había deseado, adorado, mentido y protegido… pero en esos momentos era él quien se quedaba fuera, con el alma hecha jirones y la dignidad tambaleándose. Porque nada era tan desgarrador

como saber que la mujer de la que se había enamorado —sí, la amaba, maldita fuera— estaba a poca distancia, viva, intacta… y decidida a no volver a verlo jamás.

Capítulo 11

La casa de soltero del conde estaba inusualmente silenciosa aquella mañana. La servidumbre se movía con paso contenido, y las cortinas del ala este aún no se habían descorrido, como si el propio edificio estuviera de luto por un duelo que nadie se atrevía a nombrar.

El duque de Bridgate no necesitaba anunciarse cuando cruzaba el umbral de ninguna habitación, y mucho menos cuando iba en busca de su propio hijo. Empujó la puerta con fuerza seca y alzó la barbilla al ver lo que le aguardaba al otro lado.

Silas yacía en el suelo, apoyado contra el diván, con la camisa desabrochada y las piernas extendidas. A su alrededor, varias botellas vacías de brandy y whisky formaban una constelación brillante.

El cabello lo llevaba despeinado y las ojeras marcadas le daban un aspecto más joven, casi adolescente, pero su rostro estaba endurecido por la resaca y la tristeza.

El duque se detuvo en el umbral. Observó la escena sin conmoverse en exceso, como si la contemplación de su hijo al borde del abismo fuese parte del protocolo. Se había acostumbrado a verlo siempre rodeado de mujeres, pero eso… lo que contemplaba era una escena del todo nueva.

—¿Acaso estás celebrando el final de tu libertad con un banquete líquido, Blackridge?

Silas no levantó la vista de inmediato. Murmuró algo ininteligible, se pasó la mano por la cara y luego, lentamente, miró a su padre. Sus ojos, normalmente burlones o calculadores, estaban apagados.

—No es una celebración —dijo con voz ronca—. Es una rendición.

El duque arqueó una ceja, pero no se movió. No aún.

—Lord Wexley me ha informado de que tu prometida está enferma y se niega a salir de su

habitación.

Silas cerró los ojos.

—¿Está enferma… o me está evitando con elegancia? Esa mujer me ha vuelto loco —soltó con desesperación. Dudaba que hubiese pescado un catarro, seguro que lo maldecía desde su confinamiento.

—Bueno… —El duque cruzó la habitación con pasos lentos, como quien se acercaba a una bestia herida—. Atendiendo a lo que acabas de decir y como te observo tirado en el suelo, apestas a alcohol… del caro, por lo visto, me atrevería a decir que tienes el corazón hecho trizas. Dado que jamás había visto algo semejante, la situación me lleva a pensar… que esta boda ya no es solo un acuerdo, ¿me equivoco?

Silas rio sin alegría.

—Qué observador te has vuelto, padre. ¿Será la edad?

El duque lo ignoró. Se quedó de pie junto al diván, mirando a su hijo con esa expresión de dureza que solo los hombres de su generación sabían sostener. Luego, sin previo aviso, dijo:

—He leído The Times esta mañana.

Silas levantó la vista, alerta.

—¿Y?

—Han publicado un artículo sobre los últimos movimientos del Ministerio del Interior. Un lord británico salvó a un grupo de diplomáticos en una reunión clandestina. Neutralizó una amenaza interna. Evitó lo que podría haber sido una masacre y consiguió información muy relevante.

Silas no dijo nada. Se limitó a mirar hacia el cristal empañado de la ventana.

—¿Y qué?

—Eres tú, ¿verdad?

El conde no respondió al principio. Luego asintió, una vez, con parsimonia.

—Has visto mi nombre y título en el artículo, estoy seguro de ello, y pese a ser así, me preguntas si he sido yo. ¿Tan sorprendente te parece? ¿O crees que el periodista se ha podido equivocar al citarme?

Un silencio más se instaló entre ambos. Pero esta vez no fue incómodo. Fue denso. Contundente. Lleno de todo lo que no habían sabido decirse en años.

El duque asintió lentamente. Luego se acercó a una mesa auxiliar, se sirvió un vaso de whisky —el único que quedaba sin tocar— y se lo llevó a los labios. Bebió en silencio.

—Has hecho algo importante —dijo al fin —. Algo por lo que incluso los periódicos te llaman héroe.

Silas entrecerró los ojos.

—¿Vas a felicitarme, padre? ¿O ya va siendo hora de que muera en combate? Ah, no. No puedo hacerlo sin antes haber engendrado a tu nieto.

El duque se giró. Esta vez lo miró directamente.

—Te has convertido en algo que nunca esperé. Y no por las razones que me habría gustado, pero sí… estoy orgulloso de ti, Silas.

El joven parpadeó, como si no hubiera entendido las palabras.

—¿Qué?

—Has oído bien. No lo repetiré.

Una pausa. Ahí tuvo el único reconocimiento que alguna vez obtendría de su padre.

—No esperaba… eso —admitió Silas, con un hilo de voz. Luego suspiró, al tiempo que apoyaba la cabeza contra el borde del diván.

—¿Qué pasa con la dama? ¿Con la boda, hijo mío?

Era la primera vez que su padre se interesaba por su vida. No estaba seguro de que únicamente fuese por el hecho de que debía materializar a ese heredero, porque el duque se veía interesado. Interesado de verdad.

—Me equivoqué con Eleanor. He cometido un error. La he perdido cuando no he hecho otra cosa más que… —se detuvo—. No creo que pueda recuperarla.

—¿La amas?

Silas lo miró.

—Sí. Maldita sea, sí, pero no como esas historias de salón donde uno se arrodilla con flores y sonatas. La amo como se ama lo que uno no merece. Con desesperación y con miedo. Con pasión y orgullo.

El duque se terminó el whisky de un trago. Luego dejó el vaso con fuerza sobre la mesa, sin romperlo.

—Entonces levántate del suelo —ordenó —. Báñate. Arréglate. Y haz lo que mejor sabes hacer: consigue lo que quieres. Dios sabe que cuando un Langdon ama lo hace para toda la vida. Tu madre, bendita fuese, lo sintió.

—¿Y si no puedo solucionarlo, padre? — Ahí había un hijo buscando el consuelo y la guía en su padre. Silas jamás pensó que algo así pudiese llegar a suceder.

—Es la primera vez que veo que algo te importa de verdad. Eres un maldito héroe. El héroe de Londres. No será complicado hacerla claudicar. Eres mi hijo, por amor de Dios. Jamás nos rendimos, pase lo que pase, y menos cuando hay una mujer implicada a la que amamos. Tu madre también fue testigo de ello. —Silas se quedó callado. Su padre, tan frío y duro como era, había amado a su duquesa con toda su alma. El descubrimiento lo tenía… Estaba

fascinado con la conversación. El duque caminó hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo en el umbral y le dijo—: Estaré en la iglesia mañana. Sería una pena que la novia no se presentase por culpa de tu estupidez. Arreglado y haz lo que sea necesario.

Y sin más, su padre desapareció por el pasillo.

Silas suspiró. El duque de siempre, arrogante y frío, tuvo que volver para dejarle claro que seguiría siendo el mismo aunque hubiesen limado un poco las asperezas. Se quedó allí un instante, inmóvil. Luego se puso lentamente en pie. Le dolía la cabeza. El cuerpo. El alma. Pero… se sintió ¿esperanzado? Sí, eso era.

El discurso de su padre parecía haber dado sus frutos porque se dispuso a ordenarle a su ayuda de cámara que le preparase un baño. Estaba dispuesto a luchar por ella y a conseguirla, aunque tuviese que arrodillarse mil veces para lograrlo, pues Eleanor valía el esfuerzo.

***

Era el día del enlace.

La mañana amaneció cubierta de nubes bajas, de esas que no se decidían por la lluvia, pero sí por el dramatismo. Londres parecía contener el aliento. Los periódicos murmuraban sobre la inminente boda del controvertido conde de Blackridge, en esos momentos héroe de la Corona, con la escandalosa lady Eleanor Stanhope, también conocida —con malicia refinada— como «la segunda vergüenza de Londres».

La catedral de St. George en Hanover Square estaba envuelta con su habitual solemnidad. Aquel templo de piedra y ecos antiguos, testigo de alianzas entre títulos y fortunas, iba a recibir a una pareja que había convertido su enlace en una incógnita social, aunque nadie estuviese al tanto de ese hecho. Silas no sabía si la novia se presentaría o si aquello terminaría con él abandonado en la iglesia.

Pero estaba allí el conde.

Silas Langdon aguardaba frente al altar con el porte impecable de un hombre que había tomado la decisión más importante de su vida y estaba dispuesto a afrontarla… aunque el nudo en su estómago no le permitiese respirar del todo. Vestía de negro, sin flor en la solapa, sin sonrisa en los labios.

Solo sus ojos, encendidos por la espera, delataban su nerviosismo. Había soñado con esa escena de mil maneras, y en ninguna de ellas el banco del coro parecía tan lejano ni el órgano tan siniestro.

Los invitados cuchicheaban con la voracidad típica de las grandes ocasiones. La duquesa de Rutland, espléndida como siempre, ocupaba uno de los primeros bancos. El duque, a su lado, parecía un centinela vigilando el honor de todos los presentes. Habían dejado al niño en casa.

Entonces, las puertas se abrieron.

El murmullo se detuvo.

Lady Eleanor Stanhope apareció al fin, tan altiva como un navío de guerra, con la cabeza en alto y una determinación que desbordaba la nave central como una marea oscura.

Vestía de negro.

No era un negro apagado, de luto forzado, sino un negro de terciopelo profundo que absorbía la luz y devolvía autoridad. Ni una sola perla adornaba su cuello. Ni una flor en su cabello. El velo, también negro, le caía hasta la mitad del rostro,

ocultando sus ojos pero no su expresión. En lugar de guantes blancos, llevaba mitones oscuros.

Eleanor, su inminente condesa un desafío encarnado.

Un susurro recorrió los bancos como una ola en un teatro.

Silas no se inmutó. Porque había aparecido, no lo había dejado solo. No había huido. No se había escondido. Y eso era suficiente.

La vio avanzar hacia él como si caminara al patíbulo y, al mismo tiempo, como si fuera la reina de Inglaterra dispuesta a firmar su tratado de paz con fuego. El silencio se hizo más profundo a cada paso de ella. No porque estuviera mal vestida, sino porque nadie sabía cómo reaccionar ante la elegancia feroz de una mujer que no pedía perdón por su indignación.

Cuando Eleanor se detuvo a su lado, no lo miró al principio.

Él, en cambio, sí lo hizo. La contempló con la devoción de quien ya no se preguntaba por qué la amaba. Solo sabía que sin ella se moriría.

Estaba impresionante. Jamás la admiraría tanto como en ese instante. Así.

Indomable.

Furiosa.

Magnífica.

—Has venido —susurró él, sin intentar disimular la emoción y tratándola con informalidad.

—No por usted —murmuró ella, sin volverse—. Ha sido mi obligación.

Él sonrió. Le dolía, pero sonrió.

—Entonces gracias por tu disciplina.

El ministro de Dios carraspeó. La ceremonia dio inicio. La liturgia avanzó entre ecos, sermones antiguos y miradas cruzadas. Eleanor recitó sus votos con la voz clara y el mentón elevado, como si estuviese firmando un pacto sin estar segura de querer respetarlo.

Silas en cambio entraba en ese matrimonio con todo su corazón.

Cuando llegó el momento de besar a la novia, hubo un silencio contenido. Eleanor levantó el rostro solo un poco, los ojos encendidos bajo el velo. Silas se inclinó le apartó el velo con respeto y le besó la comisura de los labios. Un roce. Un juramento. Una tregua.

El aplauso fue breve, contenido, británico, a fin de cuentas.

La novia de negro bajó del altar con su nuevo esposo, caminando entre los cuchicheos que ya comenzaban a gestarse.

Pero en la mirada que ella lanzó a su marido —a ese hombre que le había mentido, seducido y traicionado— había algo que nadie supo leer del todo.

Una promesa de guerra.

Y quizás… ¿una esperanza encubierta?

Eleanor Langdon , nueva condesa de Blackridge se había casado. De negro, sí, como una mujer que estaba de luto por sí misma. Pero aún estaba de pie. Y aún quedaba mucha historia por escribir.

Capítulo 12

Estaba hecho.

La puerta de la iglesia quedó a sus espaldas. El murmullo del gentío quedó atrás también, diluyéndose como un mal sueño. Eleanor, con su vestido negro ondeando como una bandera de duelo, subió al carruaje sin esperar que Silas le ofreciera la mano. No lo miró. No habló. Solo se sentó en el interior del vehículo con el porte de una reina ofendida.

Silas subió tras ella, cerró la portezuela con un golpe seco y se acomodó junto a su flamante esposa —al fin lo era, por desgracia para ella, por fortuna de él.

El carruaje de lord y lady Blackridge se puso en marcha para luego detenerse cuando se alejaron del templo religioso lo suficiente. La puerta se volvió a abrir y una figura se coló en el interior del carruaje sin pedir permiso. La dama que acababa de invadir el espacio hizo un leve movimiento de cabeza y dijo, con su característica alegría:

—Bonjour, madame la comtesse.

Eleanor se quedó con la boca abierta. La mirada fue primero de sorpresa y después de confusión. A continuación… de furia.

Celeste Duval se acababa de sentar enfrente de la pareja. Iba vestida con discreción, pero resultaba imposible de ignorar. ¡Cuánta belleza y descaro juntos!

—¿Qué diantres…? —empezó a decir Eleanor. El corazón lo tenía repicando como una campana rota—. ¿Qué hace ella aquí? ¿¡En nuestro carruaje!? ¡El día de nuestra boda!

El vehículo ya estaba de nuevo en marcha.

Silas suspiró. Mala idea. Una muy mala idea había tenido la que era ya a todas luces su

excontraparte.

—Por favor, deja que te lo explique… —comenzó a decir él.

—¡No quiero explicaciones! —espetó Eleanor, para luego dirigirse a Celeste—: ¿No le parece que he recibido suficiente humillación? ¿Ha venido a rematarme? ¿O a dejar claro que lo tendré que compartir hasta en mi luna de miel?

Celeste no se inmutó. Entrelazó los dedos sobre su regazo y la miró con una calma casi insultante.

—No soy la amante de su esposo. Pensé que eso ya lo había dejado claro cuando nos presentamos en Hyde Park. Un hombre que compartiese mi cama, no saldría de ella, ni tan siquiera por orden de su padre a fin de que se casase bien. ¿Lo comprende al fin?

—¡Ah, claro! Y yo soy la reina Carlota —ironizó lady Blackridge.

—¿Silas? Tengo que decírselo —Celeste le hablaba a su compañero.

—Yo mismo intenté hacerlo pero se ha negado a permitirme ofrecerle una explicación. Por lo menos ha venido a la boda —comentó él. Ambos estaban dialogando como si ella no estuviese presente.

—Y ha tenido que venir vestida de negro… No, en verdad creo que no vas a aburrirte con semejante esposa. Y conociéndote como lo hago, apuesto mi fortuna a que estás encantado.

—La preferiría más dócil en determinadas ocasiones, pero si así hubiese sido, no me habría embelesado.

—¡Eh! Que estoy aquí —se quejó ofendidísima Eleanor.

La cantante de ópera la miró con atención. Había un brillo de… ¿reconocimiento en su mirada? Eleanor desechó de inmediato la idea. Seguro que era de burla.

—Soy agente del Ministerio del Interior, igual que su esposo, milady —desveló al fin la señorita Duval.

Eleanor abrió la boca… y luego la cerró. Parpadeó.

—¿Cómo ha dicho? —Esa mentira parecía demasiado elaborada, por lo que ella decidió serenarse y escuchar la explicación que iba a llegar en breve.

Silas intervino con un gesto cansado.

—Es cierto. Lo que hemos compartido todos estos meses Celeste y yo solo ha sido una misión de alto nivel. Ella era compañera, no mi amante, pero como nos dejábamos ver en público con mucha frecuencia para llevar a cabo nuestro cometido, la sociedad supuso que éramos amantes y eso nos convenía a ambos para no levantar sospechas.

—¿Y confías en que me lo crea? —Eleanor decidió que era demasiado rocambolesco para ser verdad.

Celeste la miró con un deje de compasión que no se esperaba. Eleanor vio en sus ojos algo distinto a la arrogancia.

—No me importa que me crea, pero sí que viva con una mentira que no merece cargar. No amo a Silas, ni lo deseo. Lo admiro y le tengo gran estima, eso sí, por razones que nada tienen que ver con las sábanas. De ahí que hoy esté aquí. Porque

sabía que él no conseguiría persuadirla y yo tenía que intentar ayudarlo.

—Usted estaba en el club, Silas dijo su nombre. ¿Pretende hacerme creer que era una interpretación también? ¿Qué no ha habido entre los dos?

—Absolutamente nada. Lo hacíamos por el papel, sí. Lo hacíamos también por un bien mayor. Créame… ninguna mujer sensata se enamoraría de él mientras huye de un asesino que lleva pólvora en los bolsillos, porque no es tan extraordinario —sonrió.

Silas resopló.

—Gracias, Celeste.

Eleanor permaneció en silencio un momento. La furia no se había disipado, pero algo más se filtraba entre las grietas: ¿duda, vergüenza… alivio?

La relato tenía veracidad y pese a que Eleanor la observaba buscando la mentira en sus ojos, no encontraba nada de eso. ¿Sería verdad?

—¿Y por qué ha venido ahora? ¿A qué viene meterse en nuestro carruaje el día de mi boda?

Celeste la miró con una franqueza demoledora.

—Ya se lo he dicho y ha de creerme. Yo sé lo que significa tener una herida abierta sin las piezas del rompecabezas. No quiero que odie a alguien por una mentira que yo solo interpreté. Además, esta será nuestra última conversación. Me han asignado a otro agente y partimos hacia Francia pronto. Esta es mi despedida y quería marcharme sabiendo que mi compañero será feliz con usted. ¿Haría algo así una amante con el hombre que la acaricia cada noche? No. Si yo hubiese sido la concubina de su esposo, la odiaría y no querría que arreglasen sus desavenencias.

El silencio cayó en el carruaje. El traqueteo de los caballos marcaba un ritmo constante, como un metrónomo para emociones mal afinadas.

Eleanor alzó la mirada para buscar la de su esposo. Ya no tenía el rostro crispado. Solo parecía agotada.

—¿Es cierto, Silas? —le preguntó con los ojos llenos de esperanza.

—Tienes motivos para dudar, lo admito, pero Celeste es mi amiga, te está diciendo la verdad. Y si estos días me hubieses permitido verte, yo mismo te lo habría contado todo. Puedes consultar el periódico, allí se explica el asunto, no con detalles muy específicos, pero se menciona que soy una especie de héroe. Sobre Celeste no se dice nada porque ella tiene que mantener su tapadera. Yo me he retirado y el Ministerio me hizo ese pequeño homenaje en las páginas centrales.

Eleanor suspiró, giró la cabeza hacia la ventanilla. Estaba asimilando la verdad. Las calles de Londres ya comenzaban a desdibujarse tras el cristal empañado. Y con ellas: el escándalo, las mentiras y las máscaras.

Celeste dio un golpe sobre el techo.

—Detendré el carruaje en el siguiente cruce. No quiero más protagonismo. Lo mío ha terminado. Les deseo, lord y lady Blackridge, toda la felicidad del mundo y mucha más.

Eleanor la observó un instante. Y luego, con voz seca, dijo:

—Supongo que debo agradecerle que…

—No —la cortó—. No me debe nada. Limítese a ser feliz con un buen hombre.

Celeste la miró una última vez. Sonrió. Y se despidió con una leve inclinación de cabeza. Eleanor hizo lo mismo.

Cuando bajó, y la puerta se cerró tras ella, el vehículo reanudó su marcha hacia el norte, dejando atrás de una estela de polvo, aunque había menos incertidumbre y flotaba en el ambiente el tenue aroma de la merecida reconciliación.

Ninguno de los dos se atrevió a hablar más. Era mejor dejar un poco de espacio entre ambos.

***

El carruaje se detuvo entre el crujido de la grava y el murmullo apagado del bosque. La bruma matinal se había disipado por completo, dejando que el sol iluminase con dulzura la fachada de piedra clara de Netherhall, la finca rural del conde de Blackridge, pagada por él, por su trabajo e inversiones, no por el

duque. Era una casa amplia, de estilo georgiano, con tejado de pizarra, columnas simétricas y jardines que se extendían como brazos en flor hacia el campo ondulado.

Eleanor descendió con dignidad, su vestido negro ondeaba en esos momentos como una bandera de tregua no firmada… aunque no fuese blanca. Pero lo que vio la dejó inmóvil.

La entrada de la finca estaba decorada con guirnaldas de flores silvestres: narcisos, campanillas y rosas entrelazadas con hiedra. En los escalones de mármol se alineaban faroles de cristal con velas apagadas —esperando la noche, tal vez—, y una alfombra de pétalos la guiaba hasta la puerta, abierta de par en par.

—¿Esto… es para mí? —preguntó, sin mirar a Silas.

—¿Acaso crees que tengo otra esposa escondida en la buhardilla? —respondió él, suavemente, con esa voz grave que lograba calarle bajo la piel.

Ella no respondió. No quiso regalarle un comentario mordaz. Ni siquiera un reproche. El desconcierto la protegía del rubor.

El mayordomo la saludó con una reverencia impecable, pero lo que le llamó la atención fue el perfume que flotaba en el aire al cruzar el umbral. Era jazmín. Y lavanda. Un rastro envolvente, cálido. La recepción estaba salpicada de pequeños ramos en jarrones antiguos, discretos pero fragantes. A cada paso que daba, Eleanor notaba un detalle que no podía haber sido casual: un laúd antiguo y muy bien afinado sonaba junto al salón, una bandeja con bombones de cereza confitada al otro lado.

—¿Has hecho todo esto tú? —preguntó al fin, con una mezcla de asombro y desconfianza.

Silas se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—Las flores las eligió una criada con buen ojo. Yo solo indiqué que fueran muchas. En cuanto a los bombones… sí, los probé antes de enviarlos aquí, por si acaso envenenaban a la nueva dama de la casa.

—Qué considerado —dijo ella, al tiempo que se giraba hacia él con los labios curvados en una sonrisa sincera. Su expresión no era burlona. Estaba, contra todo pronóstico, impresionada.

¡Claro que él se había ocupado de que todo estuviese así! El corazón lo tenía galopando. Eleanor se sentía… extraña. ¿Feliz? ¿Ilusionada? ¿Alegre? Quizás las tres cosas juntas.

—No esperaba que vinieras a mi vida como un vendaval —continuó él, más serio—. Pero ya que has llegado… me pareció adecuado preparar una bienvenida que no incluyera únicamente papeles legales, testigos incómodos y sermones de obispos.

Eleanor alzó una ceja.

—¿Estás intentando enamorarme, milord?

Él se acercó un poco. No demasiado. Solo lo justo.

—Tal vez, ¿sería eso tan terrible? Estamos casados, amor. No hay lugar para el odio, no quiero que lo haya —espetó con humildad y el corazón en la mano.

Eleanor bajó la vista y se mordió el labio inferior. Había una ternura inesperada en su voz. Una sinceridad que no encajaba con el hombre que creía que se había burlado de ella detrás de una máscara.

¿Se había burlado o fue sincero en lo que aconteció entre ambos?

—Yo no te odio —apuntó como si fuese una gran confesión.

—¿No?

—No.

—Eso es un comienzo prometedor —murmuró él, y su voz tenía esa cadencia baja, entre divertida y reverente, que la desarmaba.

Un criado se acercó para anunciar que la comida estaba servida. Pero Silas alzó una mano sin mirarlo.

—Más tarde. —Eleanor entreabrió los labios, pero no preguntó. Él se aproximó otro paso más—. ¿Podemos… sentarnos? ¿Hablar? No como prisioneros de una alianza impuesta, sino como marido y mujer. Libres.

—¿No como enemigos?

—No. Eres mi esposa, serás la madre de mis hijos, no porque sea nuestro deber satisfacer a mi padre, sino porque formaremos nuestra propia

familia. Empecemos a andar el camino como compañeros, ¿quieres, Eleanor?

Ella asintió, aceptando.

Caminaron hasta el salón de invierno, una estancia bañada por la luz que entraba en cascada a través de los ventanales altos. Todo allí era acogedor. Desde la alfombra gruesa hasta los libros bien dispuestos, pasando por las cortinas de lino que se movían suavemente con la brisa. Sobre una mesa auxiliar, un jarrón contenía lilas y glicinas, recién cortadas.

Se sentaron uno frente al otro. Eleanor entrelazó las manos sobre el regazo. Él la observó en silencio. Y al fin, cuando ella levantó la mirada, Silas le habló.

—Sé que te hice daño, que jugué con el límite de lo perdonable, pero… no me arrepiento de haberte besado en los labios ni en otro lugar. Tampoco por haberte tenido en mis brazos.

Ella se negó a sonrojarse. Era una mujer casada.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó, en voz baja—. ¿Por qué te ocultaste de mí?

—Te vi en aquel baile. Vi cómo te enfrentaste a lo que supuse que era un viejo amor. Luego te seguí a la biblioteca y… nos besamos.

—¿Te impresionó tanto aquel beso? —Ella no quería pensar en Nathaniel, porque ese tonto no era nada ya para ella. Silas ocupaba todo su ser.

—Muchísimo, pero lo hizo más el hecho de que me hablases con franqueza. Estabas ebria, sí, lo sé, pero había algo más en ti que me dejó fascinado. No fue solo esa sinceridad asombrosa, también una ternura para mí desconocida y… me mostraste tanta pasión… Tampoco fue únicamente porque quisiera borrar todo ese dolor que detecté a causa de que aquel idiota de lord Nathaniel te echase a un lado, cosa que, por cierto, le agradeceré si tengo ocasión porque…

—No seas ridículo, Silas —lo cortó intuyendo lo que iba a seguir diciendo su marido.

—¿Sabes que me estremezco cuando escucho mi nombre en tus labios?

—Sigue con tu historia, adulador —le ordenó.

Él le sonrió y asintió.

—Aquel encuentro en la biblioteca me bastó para decidir unir mi destino al tuyo. Era muy consciente de que se rumoreaba que Celeste era mi amante, así que tú no querrías saber nada de un prometido infiel.

—¿Y se te ocurrió la brillante idea de seducirme haciéndome creer que eras otro? —supuso la condesa.

—Funcionó —aseguró despreocupadamente y sin arrogancia.

—Demasiado bien, para mi vergüenza — se obligó a reconocer Eleanor.

—Te deseaba desde que probé tus labios, amor. Quería darte un regalo, y… bueno, Celeste no era mi compañera de cama, pero era verdad que me dejaba consolar por todas las mujeres que querían hacerlo hasta que tú llegaste a mi vida.

—¿Quieres que comience a odiarte de nuevo, esposo mío? —preguntó con los dientes apretados.

—¡No pienso deshonrar mis votos! —alzó la voz más de lo que pretendió—. Eres la mujer perfecta para mí. Dame un poco más crédito, amor.

No sé cómo ser un buen esposo, pero si tienes la paciencia de enseñarme te juro que… que… —No se le ocurría ningún ejemplo.

—¿Qué? —lo azuzó ella.

—Que los duques de Rutland nos tendrán envidia.

Entonces ocurrió el milagro. La sonrisa de Eleanor fue tan amplia, brillante y formidable que el sol palidecería en comparación.

—Vas por buen camino —le dijo, para animarlo a continuar con la charla.

Silas se inclinó hacia ella.

—Ahora estoy dispuesto a arriesgarlo todo para que vuelvas a mirarme como lo hiciste aquella noche, cuando no sabías mi nombre, pero sabías que no eras invisible.

Eleanor tragó saliva. Los ojos le brillaban, pero no por las lágrimas. Por la intensidad del momento. Por la emoción contenida.

—No soy fácil de llevar, Silas.

—No busco llevarte, sino acompañarte y que me acompañes en nuestra nueva vida como marido y mujer.

—Eso ha sonado más cursi que los bombones o lo referente a los duques de Rutland.

—¿Ves? Estoy progresando.

—Oh, no, no. No era una queja, adoro que seas sentimental, solo confío en que hable tu corazón.

Y antes de que pudiera responder, él alzó la mano con lentitud, le acarició apenas el contorno del rostro, y la besó. No con furia. Ni con urgencia.

Con promesa.

Con ternura.

Con la reverencia exacta que ella había conocido la noche en él le hizo el amor con su boca.

Cuando se separaron, Eleanor respiró hondo. No dijo nada. Solo se quedó allí. Mirándolo, mientras pensaba que tal vez podrían tener un maravilloso futuro juntos.

—Te habla mi corazón, mi alma y mi cuerpo. ¿Te queda alguna duda, Eleanor?

Ella negó con la cabeza. La seguridad de él en que ambos lo conseguirían, en que saldrían adelante era… contagiosa. Sí, eso era.

Entonces Silas se puso de pie y la obligó a levantarse también. La cogió en volandas y ella comprendió lo que se disponía a llevar a cabo.

Ambos iban a sellar su destino, a consumar su unión para que nunca pudiese ser anulada. Subió al primer piso de la casa sin que ella se negase.

La luz del mediodía entraba tamizada por las cortinas blancas, derramándose sobre la habitación como un velo cálido. En el dormitorio principal de Netherhall, todo parecía respirar con una calma distinta: las flores silvestres en los jarrones, el murmullo de las hojas sacudidas por el viento apenas era audible en el exterior…

Eleanor se quedó de pie cuando él la depositó en el suelo. Observó la estancia con los labios entreabiertos, como si temiera romper el hechizo que flotaba en el aire. Las sábanas estaban dispuestas con esmero. El lecho, grande y mullido,

tenía sobre sí un ramo de peonías y lavanda, delicado y sencillo.

Silas la miraba con atención, lleno de esperanza también y con una esperanza que le ablandaba el rostro.

—No tenemos que hacer esto si no lo deseas —dijo en voz baja.

—Lo sé —respondió ella—. No me marcharé, ni me opondré.

Silas se acercó. Lentamente, como si aún temiera que ella se desvaneciera. Le cogió la mano y se la llevó hasta sus labios.

—Esta vez no habrá máscaras —susurró —. Nada juegos. Solo estaremos nosotros. Un par de recién casados que comienzan su vida. Si me dejas, quiero hacerte el amor, no como un amante en la sombra sino como tu esposo, el hombre que se ha rendido ante ti por completo.

Eleanor no respondió con palabras. Alzó el rostro. Sus ojos eran los de una mujer que ya no dudaba. Que había elegido.

El primer beso fue suave. Una promesa sellada con susurros. Silas la abrazó, y por fin, cuando ella se aferró a su espalda, sus cuerpos se entendieron sin necesidad de más explicación. Las manos, temblorosas al principio, comenzaron a deslizarse sobre el cuerpo del otro con devoción. La tela cayó sin prisas. Cada botón, cada nudo, cada pliegue, desapareció como un obstáculo vencido por el amor.

Se tumbaron sobre el lecho, entre suspiros entrecortados y caricias largas. Eleanor le permitió tocarla sin reservas, y Silas lo hizo con la paciencia de quien era consciente de que estaba acariciando algo sagrado. No hubo urgencia, únicamente el deseo de honrarse mutuamente, piel con piel, alma con alma.

La besó por todas partes, se deleitó con el peso de sus senos. Lamió las puntas enhiestas con gran deleite. La dama sollozó de pura necesidad. Él rugió orgulloso.

Cuando se unieron, Eleanor cerró los ojos. No por pudor, sino por emoción. Ya no se sentía despojada, sino completa. Y cuando Silas la abrazó con fuerza mientras la penetraba con suma atención para arrebatarle la virginidad, ella le devolvió cada

gemido, cada movimiento, con la entrega de quien ya no temía arder.

Se amaron con devoción. Y juntos, como esposos que se acababan de dar una oportunidad, llegaron a un clímax apoteósico que consagró la unión.

El mundo se detuvo por un breve momento. Y cuando la pasión cesó y los cuerpos descansaron entre las sábanas revueltas y la luz suave de la tarde, Silas no la soltó. La mantuvo pegada a su pecho, su mano recorriéndole la espalda con lentitud.

—Te amo, Eleanor —susurró junto a su oído—. Te ama un hombre que jamás creyó poder hacerlo. No porque seas perfecta, sino porque eres tú. Porque cuando te miro… me reconozco. Porque no quiero pasar ni un solo día más si no es contigo. Porque nunca supe lo que era pertenecer a alguien hasta que me di cuenta de que todo en mí te buscaba incluso cuando no estabas a mi lado. Me enamoré de tu furia contenida. De tu voz. De tus gestos. Me enamoré de tu fuego. Y por ese fuego… estoy dispuesto a quemarme cada día.

Eleanor, con la cabeza apoyada en su pecho, sonrió con orgullo. Luego levantó el rostro y lo

miró. No había lágrimas. Solo verdad.

—Yo también te amo, Silas. Te amo con todo mi corazón. Te amo porque cuando estoy contigo, no tengo que fingir. Porque sé que no necesito ser una dama ni una esposa perfecta. Solo yo. Y tú me ves. Y me haces sentir viva. Me has traído alegría e ilusión.

—Soy un hombre feliz, amor mío.

—Soy una mujer feliz, mi amor… Y… —se silenció.

—Y ¿qué? Por favor, no añadas ninguna objeción a este gran inicio que tenemos por delante.

—Oh, no. Solo quiero recordarte que una vez me dijiste que yo era tuya.

—Y lo eres —se reafirmó él.

—Bien, porque tú eres mío. ¿Lo entiendes? —Él soltó una gran carcajada. Ella frunció los labios—. No está bien que te rías así de tu flamante esposa, menos después de haberle hecho el amor.

—Oh, preciosa mía. No me río de ti. Solo… Estoy tan eufórico que podría volar. Tú no lo sabes, pero llevaba toda la vida esperándote, a una mujer que me reclamase como si yo fuese un león y ella mi leona.

—Pues eres el rey de la jungla y yo tu princesa.

—Y por eso te amo muchísimo más, Eleanor —le dijo con gran satisfacción.

Él se inclinó y la besó.

Amor. Ambos habían encontrado el amor.

Uno que no necesitaba de máscaras ni excusas.

Un amor que había nacido entre el deseo y se forjó con una herida… aunque en esos momentos florecía con la fuerza de lo verdadero.

Nueve meses exactos después de aquel encuentro, los condes de Blackridge dieron la bienvenida a Thomas Silas Langdon, futuro duque de Bridgate, para regocijo de sus padres y mayor orgullo de su abuelo paterno.

Fin.

La bilogía completa

«La furia de la duquesa»

Link: https://mybook.to/p116q7r



Es una de las mujeres apodadas «Las Vergüenzas de Londres» por las columnas de sociedad de los periódicos. La culpa la tiene su esposo…

Las circunstancias la obligaron a casarse. Llegó al altar deseando un cambio en su vida y sabía que tendría que luchar para lograr la felicidad. También era consciente de que unirse a un hombre poderoso al que se le conocía por ser aburrido y muy formal no le traería demasiada alegría, aunque sí estabilidad.

¡Qué equivocada estaba!

Prudence Charlotte Hamilton, duquesa de Rutland, se da cuenta que no es una dama que se conforme con poco, y que si pretende hacer cambiar a su marido va a tener que tomar el asunto en sus capaces manos. Si Rutland cree que puede enviarla al campo y seguir en la ciudad para establecer a una amante allí, va a descubrir que la furia de una mujer herida es un arma muy poderosa que hará temblar los cimientos de su reciente matrimonio.

Sarah Worth trae una historia en la que dos personas tendrán que averiguar si vale la pena

sacrificar su orgullo para alcanzar el amor.

¿Lograrán los duques enterrar el hacha de guerra y afianzar su sagrada unión?

«La ira de la condesa»

Link: https://mybook.to/ZUzTm



Lady Eleanor Stanhope ha sido educada para obedecer, pero no está dispuesta a acatar la voluntad de los otros sin luchar. Su padre, el conde de Wexley, ha decidido comprometerla con un buen partido… que se pasea por Londres del brazo de su amante sin siquiera disimulo. Para todos es un trato ventajoso. Para Eleanor, una traición.

Humillada y furiosa, se niega a convertirse en una esposa decorativa. Pero la sociedad no perdona a las mujeres que piensan demasiado ni a las que alzan la voz. Ya la llaman «la segunda vergüenza de Londres», y aún no ha decidido si eso la ofende… o la enorgullece.

El prometido. Un conde.

Silas Langdon, **lord Blackridge**, es todo lo que Eleanor desprecia: un libertino insolente, astuto y demasiado apuesto para su propio bien. Se supone que los nobles deben ser correctos y rebosar honor. Él no.

Lo que ninguno espera es que **del odio pueda nacer la atracción**. Que la guerra de voluntades en la que se enzarzan acabe arrastrándolos al mismo lecho. Y que, entre puñales verbales y besos robados, descubran que, a veces,

solo el enemigo más inesperado es capaz de encender la pasión… y tocar el alma.

Sobre la autora y la historia

Sarah Worth es una escritora española que ve amor, peleas, condes, duques y damas por doquier. Se ha decidido a escribir bajo un pseudónimo para ver qué tal funcionan sus historias románticas y la cosa pinta bien.

En sus maquinaciones románticas hay: romance en exceso, bastante humor, algo de drama para mantener el interés, y un final feliz y cerrado.

¿Habrá más historias?

¡Por supuesto que sí!

Estoy pensando en algo, pronto os traeré noticias. ¿Qué tal algo sobre una casamentera?

Gracias por vuestro apoyo.